

F. B. I. CONTRA MARTE

LOUIS G. MILK

F.B.I. contra Marte

Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/029

INTRODUCCIÓN

¿Estamos solos en el Sistema Solar? ¿Hay otros seres inteligentes además de nosotros? Esta es una interrogante de muy difícil respuesta... al menos por ahora, pero que quizá tenga una cumplida contestación dentro de unos años, cuando los viajes interplanetarios pasen de la fantasía de científicos y escritores a la realidad, y ello quizá sea posible antes de lo que nos pensamos.

¿Cuál es el grado de inteligencia de esos supuestos habitantes de otros mundos? Acaso estén en su Edad de Piedra, quizá hayan rebasado la Edad Atómica para adentrarse en otra de insospechable denominación. Lo último es lo más probable y en tal caso no sería de extrañar que ojos de seres completamente desconocidos para nosotros nos estuvieran observando con toda atención, dudando si entablar conocimiento con nosotros o, por el contrario, estudiando, afanosamente todos los esfuerzos que el hombre terrestre, con sus hoy todavía limitados medios, está haciendo por arrancarse a la superficie del planeta en la que vive desde hace cientos de miles de años -no puede llamarse evasión de la superficie el deleznable hecho de alcanzar con los aviones de hoy día alturas de unos cuantos kilómetros- y lanzarse a la conquista del espacio, el sueño de todo hombre desde que tiene uso de razón: EL VIAJE POR LAS ESTRELLAS.

Pero, ¿cómo nos observan esos supuestos seres extraplanetarios? ¿Acaso por platillos volantes, discos voladores, como se dice en otras partes? ¿Son realidad o fantasía todos los hechos relatados acerca de esos misteriosos aparatos que han sido vistos por innumerables personas y en innumerables partes del globo?

Los que apoyan su existencia se basan en varios hechos que no tienen vuelta de hoja. Con pruebas contundentes, como diría el fiscal en un juicio. Una de ellas es la siguiente, que exponemos con todos los detalles suficientes:

"El 7 de enero de 1948 se vio sobre la vertical del "Godman Field", en los Estados Unidos, un artefacto circular, de más de 70 m. de diámetro. Todo el personal del campo de aviación pudo verlo; tres cazas que se disponían a aterrizar recibieron orden de contactar con el intruso. La patrulla que mandaba el capitán Mantell un piloto de guerra del que no podían esperarse cosas raras ni fantásticas en sus informaciones. Los aviones se elevaron a más de 500 kms/p/h. pero así que se acercaron al planeta volador éste se alejó de ellos a la misma velocidad. Lo persiguieron durante más de treinta minutos, hasta que el extraño aparato comenzó a ganar altura decididamente; a los cinco mil metros el avión de Mantell desapareció entre las nubes y sus compañeros abandonaron. Pero el capitán continuó en contacto radial con la base y dijo que no le perdía de vista, aunque consideraba que le sería dificilísimo acercarse al plato volador:

"-Si no logro aproximarme más -dijo-, dejaré la persecución a los 6000 m. No tengo máscara de oxígeno. Lo que estoy persiguiendo tiene un tamaño aterrador…".

No volvió a escucharse otro mensaje del aviador; horas más tarde, los restos del aparato de Mantell eran encontrados dispersos en un radio de varios kilómetros, tal como si se hubiera desintegrado en pleno vuelo[1]*."*

Este hecho es auténtico y no tiene vuelta de hoja. Pudo leerse en la prensa de aquel tiempo. Pero después han surgido numerosas hipótesis para explicar el supuesto misterio de los discos volantes, habiendo producido bastante desorientación.

Una de ellas, la refracción solar en dos capas atmosféricas de diferentes densidades; otra, emisiones radáricas; muchas de ellas, alucinaciones; las nocturnas visiones, quizá meteoros inflamándose al roce con el aire que envuelve al globo. Pero, en todo caso, la "U. S. Air Force", con fecha 27 de abril de 1949, dio un comunicado a la prensa, del siguiente texto:

"La posible existencia de alguna clase de animales no terrestres, ha sido remotamente considerada, puesto que muchos de los objetos señalados y vistos (Platillos Volantes) actúan más como seres extraplanetarios que como cualquier otra cosa. Sin embargo, los informes convincentes sobre dichos animales extraplanetarios son pocos y poco convincentes."

¿Pocos informes convincentes sobre seres de otro mundo? ¿No será bastante con uno solo? Quizá sea ésta la admisión indubitable de que la Fuerza Aérea estadounidense ya sabe algo y que tiene en su poder pruebas de tal índole que se hace preciso ocultarlas para no provocar un pánico mundial.

Acaso las líneas que siguen sean una explicación "convincente" del misterio que envuelve a los Platillos Volantes y a sus no menos misteriosos tripulantes. En toda narración, dentro de la fantasía, hay un innegable fondo de verdad. Dejemos, pues, que sea el lector quien desglose la ficción de la realidad.

Louis G. Milk

CAPÍTULO I

El jardín era maravilloso y su espléndido colorido y sus suaves aromas inundaban el espíritu de los dos amantes de una embriagadora y dulce paz. Envueltos en los cálidos rayos del sol, tenían sus manos entrelazadas y se miraban en silencio a lo profundo de sus ojos, diciéndose con ellos lo que no hubieran sabido explicarse con palabras.

Largo rato después, Hjamr, el hombre, fue el primero en abrir la boca:

-Temo que nuestros sueños no sean más que eso: unos sueños, de imposible realización.

-¿Por qué, amado mío? preguntó Mceka, la mujer.

-De sobra lo sabes, cariño -dijo él, suspirando penosamente.

-¿Tu categoría? -inquirió Mceka.

Hjamr inclinó la cabeza, pesaroso. Quedó en silencio, roto por ella al cabo de un momento:

-Dime, querido, ¿crees que para ti tiene importancia real tal detalle?

-Lo sé, Mceka. Sé que tú me amas, a pesar de que soy un paria, o poco menos. Un despreciable perteneciente a la clase de los Menos-I, en tanto que tú, por tu familia, eres de la clase que ya no se puede superar: la Más-Z. Sé que a ti no te importa nada nuestra diferencia de clase y que estás dispuesta a ser mi mujer, pero, ¿crees que los Miembros del Supremo Poder, entre los cuales se cuenta tu padre, accederán a ello?

-No veo por qué han de negarse. Precisamente por mi posición estoy en mejores condiciones que ninguna otra mujer para hacer efectivos mis deseos, Hjamr. Ni siquiera una que fuera de los Más-I tendría la centésima parte de probabilidades de casarse contigo que las que yo tengo.

Hjamr movió la cabeza denegatoriamente, interrumpiendo a su amada.

-Tú lo has dicho, Mceka. Precisamente porque perteneces a la clase por encima de la cual ya no hay nadie más; precisamente porque tu padre es uno de los Trece que componen el Supremo Poder, no consentirá que nuestro matrimonio se verifique. Sería vulnerar leyes establecidas hace miles de millones de años y nuestra constitución social se tambalearía de arriba abajo, subvirtiéndose totalmente nuestra estructura. No, Mceka, no lo consentirán.

-Pero tú eres un héroe, Hjamr. Has hecho cosas que nadie se atrevió a realizar. Fuiste el primero en arriesgarse a viajar por fuera de los límites de nuestro Sistema Solar, alcanzando mundos ignorados. A pesar de tu casta de Menos-I, tienes mucha más inteligencia y sabiduría que algunos de los que forman el grupo de los Trece.

-Esa es otra de las causas por las que jamás accederán a nuestro enlace, Mceka. Saben que si nos unimos, indefectiblemente tendrán que, cuando menos, pasarme a Más-A, y temerían que un día ocupase uno de sus puestos, lo cual significaría, nada más ni nada menos que hasta un Menos-A podría llegar a ser un Más-Z cualquier día. Y la cosa no les conviene, ¿comprendes?

Mceka se apretó contra el hombro de su amado:

-No mucho, a decir verdad, Hjamr. Sólo sé que te quiero y que ansío ser tu esposa y que no hemos de detenernos hasta conseguirlo.

Los dos enamorados continuaban hablando. En su afán no se daban cuenta de que unos ojos los miraban con enorme odio, con tremenda malignidad, con la envidia de quien se sabe preterido y despreciado.

Tlazz adoraba a la linda Mceka y su corazón hervía de rabia al darse cuenta de que ella moría por Hjamr, cosa que no estaba dispuesto a consentir. Además, en sus despechados sentimientos influía también el hecho de que él era un Más-Y, casi de la misma categoría y veíase postergado en el ánimo de la mujer por un hombre a quien no se podía mirar de otra forma que si fuera un inmundo animal o una planta inútil, de las que no tenían aplicación práctica alguna.

Quizá de haber sido Hjamr algún Más-R o Más-T hubiera intentado Tlazz hallar en alguna parte una resignación que le hiciera olvidar los desdenes de la bellísima Mceka, pero nunca permitiría que Hjamr fuera quien se la llevara. Este pensamiento le cegó, dándose cuenta de que el padre de ella lo único que haría sería separarlos, sin otro castigo. Y él, Tlazz no estaba dispuesto a consentirlo, porque sabía que, tarde o temprano, los dos amantes volverían a reunirse. De todo ello resultó que un velo rojo se le puso ante sus ojos y, sin meditarlo más, cargó, lanzándose al ataque. Antes de diez segundos, Hjamr, el apuesto, el gallardo Hjamr, no sería más que un cadáver y él, Tlazz, su matador.

Pero Mceka captó la oculta amenaza:

-¡Cuidado, Hjamr! -gritó y lanzó una cortina mental que detuviera ¡os fulminantes dardos del atacante.

Mas ya era tarde. Hjamr cayó, retorciéndose, presa de vivísimos dolores, asiéndose la cabeza con ambas manos, en tanto que Tlazz se lanzaba sobre él para concluir su obra. Apartó a la mujer de un manotazo y sacó su lámpara vital. La enfocó sobre el caído, dispuesto a hacerlo desaparecer.

Pero en aquel momento la lámpara estalló. Caída en el suelo, Mceka disparó un dardo mental que la hizo reventar, con ruido de vidrios rotos. Luego atacó el cerebro de Tlazz.

Hjamr había dejado de moverse. Permanecía en el suelo, quieto, inmóvil, sin dar señales de vida, en tanto que, sin hablar, silenciosamente, concentrándose en la poderosa lucha de mentes que sostenían, Mceka y Tlazz se miraban el uno al otro, disparándose dardo tras dardo hasta que al fin, con un suspiro, Mceka se dio cuenta de que su antagonista comenzaba a ceder.

Ya era tiempo, porque ella también se notaba fatigadísima. No obstante hizo un último esfuerzo y obligó a Tlazz a batirse en retirada. Al fin, éste, exhalando un aullido indescriptible, dio media vuelta y

echó a correr. Ella se dejó caer hacia atrás, suspirando de alegría por su victorioso final, mas tremendamente exhausta, cansadísima, sin fuerzas siquiera para mover un dedo.

Había visto a su amado en el suelo, exánime y, sin poderse contener, se arrojó sobre él, sollozando intensamente. Y en tal estado la encontraron los soldados que envió su padre, inquieto por su tardanza. No sin gran esfuerzo lograron arrancarla del cuerpo inerte, tendido en el suelo, y con gran repugnancia cargaron con Hjamr. De no haberse tratado del hombre a quien amaba la hija de uno de los Trece, poco les hubiera costado arrojarlo al estanque inmediato. Pero no se atrevieron, y así, Mceka, acongojada, hubo de seguir la procesión, sin cesar por un instante de gemir y lamentarse.

* * *

-¡Uuuyyy...! ¡Qué bonito! ¡Qué emocionante! -gritaba la muchacha, oprimiendo sin cesar el disparador de su máquina fotográfica, en tanto que las pistolas y los fusiles ametralladores detonaban incesantemente.

Eugenia Sánchez García estaba encantada de la vida. Sus primeras vacaciones de persona mayor, pudiendo ir sola y viajar por el mundo a su antojo, las estaba disfrutando plenamente. Y uno de los motivos de tal goce era el feroz combate que Tony Collino, con un par de secuaces suyos, estaba sosteniendo contra las fuerzas de la ley que les tenían acorralados en uno de los más típicos barrios neoyorquinos: el Bronx.

El “gángster” y sus dos acólitos se defendían con las fuerzas que la desesperación infunden a todo el que sabe que, de entregarse, su único panorama es el paseo por un corto corredor, a cuyo final se encuentra la silla eléctrica. Y tanto Collino como Tony Daganzo y Pete McHugh estaban dispuestos a liquidar a cuantos policías pudieran antes de abandonar su carnal envoltura, por lo que disparaban como endemoniados, barriendo todos los ángulos de la estrecha callejuela, en una de cuyas esquinas, agazapada detrás de un automóvil, con más orificios de los convenientes para la estética de sus bellas líneas aerodinámicas, se encontraba Eugenia.

La oportuna muerte de una lejana parienta y el pellizco de dinero que la tocara en suerte, al repartirse la herencia, la habían permitido realizar lo que, desde que empezó a tener uso de razón, había sido uno

de sus apasionantes deseos: el viaje a los Estados Unidos. Y, para acabar de redondearlo, se había encontrado, durante su vagabundear por la enormísima Nueva York, con un jaleo clásico: el forajido acorralado dispuesto a morir antes que entregarse.

Por lo tanto, Eugenia se había buscado un refugio y no cesaba de impresionar placas y placas, con la ventaja de que su cámara estaba dotada de un potente teleobjetivo, que le aproximaba las imágenes, impresionándolas como si tuviera los blancos fotográficos a tres metros de distancia. Las fotos impresionadas caían en un depósito donde eran reveladas en poquísimos segundos.

De repente cesó el fuego que hacían los defensores de la ley. Un altavoz ladró, atronando el espacio:

-¡Escucha, Collino! ¡Entrégate! ¡Tu resistencia es inútil y tú lo sabes! ¡De una forma u otra acabaréis cayendo en nuestro poder! ¡No malgastes municiones en vano!

En el teatro de la lucha, el silencio se había hecho impresionante. La voz del asesino se dejó oír casi tan potente como el megáfono:

-Si lo que decís es cierto, ¿por qué no venís a buscarme?

-Te daremos cinco minutos -le replicó el jefe de las fuerzas represoras-. Pasado ese plazo no habrá compasión para ti, Collino.

Toda la contestación de los bandidos fue un recrudecimiento de su fuego. A diez metros de Eugenia un agente lanzó un alarido y rodó por el suelo, al descubierto. Dos disparos más concluyeron por fulminarle, dejándole clavado sobre el pavimento de caucho y asfalto. Eugenia no desaprovechó la ocasión, e impresionó una placa más.

De repente un hombre cruzó el espacio abierto. Zigzagueando velocísimamente, corrió hacía la casucha en que estaban refugiados Collino y sus compinches, desafiando el fuego intensísimo de éstos y, una tras otra, lanzó dos granadas lacrimógenas. Luego giró hacia su izquierda y en cuatro saltos ganó el refugio del automóvil en el que estaba la española.

Buck O’Hara se echó detrás del vehículo de un salto. Ciego como iba, no reparó en la mujer que allí se encontraba hasta que sintió el contacto con un cuerpo, un grito de susto y dolor y luego se encontró sentado en el suelo, frente a frente con la más hermosa muchacha que jamás se hubiera podido imaginar.

Eugenia no hizo caso de su cámara fotográfica que había salido despedida cinco metros más allá, en un sitio batido completamente por las balas de Collino y los suyos. Se quedó embobada contemplando al mocetón pelirrojo, de simpático aspecto, que tenía frente a sí, cuyo atractivo rostro estaba cubierto de pecas y cuya dentadura magnífica le sonreía esplendorosamente.

-¡Ho... la! -dijo al fin la muchacha, cuando reaccionó, tragando saliva-. ¿Po... policía? ¿No es verdad?

-¿Policía? -bufó despectivamente Buck-; ¿Se ha creído que con mi aspecto puedo pertenecer a la Metropolitana? Soy del F.B.I., ¿se entera?

Aún subió de tono el arrobo de la muchacha:

-Del F.B.I? ¡Oh! ¡Es maravilloso! Estoy segura de que es irlandés, ¿verdad?

-Pues claro -dijo Buck-. ¿Acaso puedo desmentir mi origen?

-¡Irlandés! ¡Del F.B.I.! -repitió la española, extática-. ¡Lo que siempre había soñado! Estoy segura de que lleva una "O'" delante del apellido.

-¡Naturalmente! ¡Como que me llamo Buck

-¡Buck O'Hara! -repitió ensoñadoramente Eugenia-. Lo que me voy a lucir delante de mis amigas cuando vuelva a España y les cuente mi conocimiento con un auténtico agente del F.B.I. ¿Me permitirá que le saque una fotografía? -y sin esperar a más, se volvió, disponiéndose a recuperar la cámara.

Pero ésta se encontraba fuera del alcance de su mano, por lo que, gateando, se acercó a ella, sin darse cuenta de que su bonito cuerpo quedaba al descubierto.

-¡Eh! -protestó vivamente Buck-. ¡Que la van a asar de un tiro!

Eugenia no hizo caso por lo que el federal, también arrastrándose, la asió por los tobillos. Luego empezó a tirar de ella fuertemente, a pesar de sus gritos y protestas.

-¡Estúpida! ¿Quiere que ese salvaje de Collino la atraviese de un balazo? ¡Vamos! ¡Vuélvase y no sea tonta!

-¡Mi cámara! ¡Mi cámara! -gritaba Eugenia, desesperadamente,

haciendo todo lo posible para desasirse de quien la tenía bien sujeta, sin conseguirlo.

-¡Déjeme! ¡Déjeme en paz! ¡Bruto! ¡Bestia! ¡Cretino! ¡Ayyyy...!

Pero es muy difícil librarse de la presa que un agente joven, robusto y bien entrenado hace, cuando la hace para salvar una vida, sea de quien sea, por lo que la muchacha se dio vuelta, muy a su pesar, al seguro refugio que era el automóvil de motor nuclear, cada vez más agujereado, pero sin que las balas traspasaran su fuerte blindaje antirradiactivo. Así, pues, Eugenia, llorando de rabia impotente hubo de volver para atrás y aun agradecer en lo íntimo de su corazón la afortunada intervención de Buck, pues Collino se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo por aquel lado y disparó una ráfaga que si no dio a la pareja, sí en cambio redujo la cámara al estado de chatarra, haciéndola dar unos cuantos saltos sobre el pavimento antes de quedarse definitivamente inmóvil, sin que ya la española hiciera nada por recuperarla.

-¡Bruto! ¡Salvaje! -repitió de nuevo Eugenia, en medio de entrecortados sollozos- Las mejores fotografías de mis vacaciones y usted me las ha estropeado... ¡Hiii...! -sollozó de nuevo.

Buck se quedó de piedra. Esperaba que se lo agradeciesen, pero no que lo insultaran de tal modo, por lo que, durante unos segundos se quedó estupefacto. Sin embargo, duró poco. Las granadas lacrimógenas habían hecho su efecto y la resistencia era imposible para los “gangsters”.

Aparecieron de pronto en la puerta, disparando como energúmenos. Echaron a correr, pero Daganzo cayó en seguida, después de girar un par de veces sobre sí mismo. McHugh pudo caminar seis pasos, al cabo de los cuales dio un salto convulsivo y se quedó cara al suelo, que arañó con los dedos engarfiados por la agonía de la muerte. Y Collino que, astutamente, había dejado que sus dos compañeros atrajeran la atención de los federales, corrió hacia el lugar en que estaban Buck y Eugenia, pistola en mano.

El agente lo vio venir. Se puso en pie de un salto, gritándole:

-¡Collino, entrégate!

-¡...! -replicó el forajido, disparando, pero Buck se echó a un lado y la bala le pasó inofensivamente. El irlandés disparó y le clavó el plomo en el vientre.

El “gángster” se inclinó primero, apretándose el vientre con las manos. Quedó arrodillado y aún intentó levantar la pistola, pero una ráfaga de ametralladora, llegada desde otro lugar, lo abatió definitivamente. Quedó en el suelo, centro de un charco de sangre que se iba extendiendo lentamente. Buck se incorporó, limpiándose el sudor abundante que le corría por la frente.

-¡Uf! -dijo-. ¡Menos mal que todo se ha terminado! -y en aquel momento se dio cuenta de la muchacha que trataba de levantarse. Extendió la mano para ayudarla, pero Eugenia la rechazó con ofendida dignidad.

-¡Déjeme! -refunfuñó-. ¡Sinvergüenza!

Buck se echó a reír. Pasado el peligro ya no había razón para que no lo hiciera.

-Bien, creo que debe reconocer que mi intervención la salvó la vida, señorita.

-Su intervención lo único que hizo fue estropearme las mejores fotografías de mi vida -dijo, limpiándose el polvo de la falda. Tomó el bolso que le ofrecía el agente-. Espero que este sea mi último y definitivo encuentro con el F.B.I. Hasta ahora había tenido a todos sus componentes por modelo de caballeros. Podré decir que, al menos uno, no lo es, ni mucho menos.

-¿Quién es esta mujer? -preguntó en aquel momento un hombre de mediana edad, acercándose a la pareja. Buck saludó y se la presentó, concluyendo:

-Pero no puedo decirle su nombre, jefe.

-Eugenia Sánchez García -dijo ella, desafiadora, y Buck no pudo contener un ¡ah! de decepción. Ella lo miró, frunciendo el ceño.

-¿Qué esperaba, polizonte? ¿Acaso un apellido kilométrico? Sepa usted que si en España hay miles de Sánchez, en Irlanda los O’Hara están tirados por las calles.

-¡Señorita! -se puso Buck todo encamado al escuchar la alusión, en tanto que su jefe se echaba a reír de buena gana,

-Mira, Buck -le dijo-, tú has estado siempre muy orgulloso de tu ascendencia, pero ya era hora que alguien te pegara un revolcón.

-Bueno, jefe, bueno. Usted no hable, que su Smith no anda escaso que digamos.

Eugenia quiso sonreír, pero en aquel momento se acordó de su cámara y las lágrimas le asomaron de nuevo al hermoso rostro. Se inclinó y contempló la ruina en que se había convertido aquella maravilla de la óptica alemana.

-¡Por su culpa, irlandés del diablo! -dijo, y de repente, sin que ni éste ni su jefe pudieran prever la reacción de la muchacha, se acercó a Buck y le plantó los cinco dedos en la cara. Luego dio media vuelta bruscamente y echó a correr.

El jefe de los federales miró a Buck que se había llevado la mano a la parte castigada y luego soltó una sonora carcajada. Después, ambos se dedicaron a las tareas rutinarias de su oficio, una vez concluido el jaleo.

CAPÍTULO II

Un punto luminoso trazó una raya de fuego en la plateada negrura de la noche. Bill Concklin, granjero, y su esposa Marpha se encontraban tranquilamente tomando el fresco en el porche de su casa y el primero hubo de quitarse la vieja pipa de la boca para hacer un comentario.

-¡Atiza! ¿Te has fijado en esa raya de luz, Marpha?

-Sí, querido, pero no te preocupes. No es ningún platillo volante ni ninguna fantasía de esas que tú sueles leer antes de acostarte, para que luego te pases la noche soñando y revoleándote en la cama no dejándome dormir.

-¡Hum!... Eso no me gusta, Marpha -gruñó Concklin, pero no continuó porque un lúgubre sonido le interrumpió. El alarido de un perro que rebotó por la tierra antes de subir hasta la semicircular raja de melón que se veía en el estrellado cielo. Luego se oyeron ruido de cadenas movidas, como si el perro quisiera soltarse.

-¿Te das cuenta, Marpha? -gruñó el granjero-. Mac parece como si quisiera soltarse. Ello es porque ha oído u olfateado algo sospechoso.

Voy a investigar lo que ocurre por estos alrededores.

-¡Bill! -le miró su esposa por encima de las gafas, suspendiendo su labor de calceta-. ¿Ya estamos de nuevo con tus fantasías?

Concklin se quitó la pipa de la boca y la sacudió fuertemente contra la suela de su pesada bota. Hecho esto se levantó y cinco minutos después volvía con algo debajo del brazo. Palmeó la culata de la vieja escopeta.

-Era de mi bisabuelo y cazó muchos patos antes de la primera guerra jnundial. Quizá cace yo algún marciano -y se echó a reir vigorosamente, asombrado de su propia gracia,

Marpha oyó cómo su marido desataba a Mac. Sonó un fuerte ladrido del mastín y luego los pasos de su marido se perdieron en la oscuridad de la noche.

De repente algo rasgó el silencio. Un alarido penetrante, agudísimo, infrahumano, como nunca hubiera escuchado Marpha, quien se incorporó a medias en su balancín, cesando en su incesante tejer. Se quitó los lentes para ver a lo lejos, alargando el cuello instintivamente. Pero, como todo había quedado callado, volvió a recostarse, refunfuñando contra sí misma por considerarse tan asustadiza, y en aquel momento sonaron dos tiros, uno tras otro. Luego Mac aulló delirantemente.

Los gritos del perro se extinguieron súbitamente con un ronquido atroz. Esta vez Marpha Concklin ya no dudó que allí, en el lugar hacía donde su marido fuera, estaba ocurriendo algo horrible, espantoso y, sin cuidarse poco ni mucho de su labor, se levantó, abandonando presurosamente las gafas sobre el balancín.

Se metió en la casa y manipuló el televisor. Pero en la pequeña pantalla no aparecían más que unas rayas confusas, agitadas, sin que en ellas apareciese nada con claridad.

-¡Sheriff! ¡Sheriff! -llamó-. ¡Por favor! ¡Venga pronto! ¡A Bill le ha ocurrido algo! ¡Dese prisa!

Nadie le contestó. Nadie sino unos ruidos extraños, que Marpha, en medio de su atemorizado azoramiento identificó como unos estáticos que interferían fuertemente la comunicación alámbrica. Golpeó fuertemente el aparato, sin el menor resultado.

Marpha estaba acostumbrada a vivir en un lugar relativamente

solitario y por lo tanto era valiente, pero nunca había tenido que enfrentarse con una desconocida amenaza, pues que lo era no le cabía la menor duda. Durante unos segundos sintió correrle por la frente y mejillas un frío sudor, mas reaccionó casi en seguida. Subió en dos saltos al piso superior, para descender casi inmediatamente, armada con un prehistórico y pesadísimo “Colt 44”, que empuñó con decisión. Hecho esto, salió al porche, y llamó fuertemente:

-¡Bill! ¡Bill! ¿Dónde estás?

Nadie le respondió.

Para animarse a sí misma y de paso llamar la atención de sus lejanos vecinos, levantó el “Colt” sobre su cabeza e hizo fuego seis veces seguidas. Las detonaciones resonaron estrepitosamente, y sus ecos se expandieron por toda la llanura.

Marpha no perdió tiempo y recargó el revólver. Apenas lo había hecho cuando sintió pasos y en su corazón renació la esperanza. Dio todas las luces de la veranda y el espacio circundante se iluminó brillantemente hasta veinticinco o treinta metros de distancia.

Súbitamente un hombre apareció en el círculo de luz. Era Bill, su marido, pero ¡en qué estado! Roto, sangrante, desgarradas las ropas, apenas si podía hablar.

Jadeaba, se ahogaba. Extendió los brazos como si suplicara algo y, de repente, cayó al suelo, a menos de cinco metros de los peldaños de acceso al porche.

Entonces fue cuando reaccionó Marpha. Exhalando un alarido bestial, como de hembra que ve perder a su macho, quiso arrojarse sobre el desgraciado Bill, que había dejado de alentar, más en aquel momento alguien apareció bruscamente en la zona de luz.

Marpha dio un paso hacia atrás, horrorizada, espantada ante la infernal visión que tenía ante sus ojos, y no dudó que aquel horrible ser fuera quien había matado a su marido. Esto la hizo reaccionar y levantó el revólver.

El arma escupió una llamarada y una pesada bala salió impulsada por la pólvora. Aquel “hombre” lanzó un gemido, pero instantáneamente el revólver, en razón de alguna fuerza desconocida para la mujer le fue arrancado de la mano.

Chilló espantada cuando el horripilante ser avanzó hacia ella. Aquella

cosa lanzó un grito inhumano al sentirse herida y volvió a gritar cuando se dirigió hacia la espantada mujer que, de repente, sintiéndose enloquecer de pavor, dio media vuelta y se refugió en la casa, cerrando la puerta a sus espaldas.

Marpha se dirigió de nuevo hacia el comunicador, que manipuló con frenesí, llamando incesantemente al sheriff. Pero el único sonido que percibió fue el de la puerta al romperse tan completamente como si un carro de asalto la hubiera violentado. Y aquel ser de otro mundo penetró en la casa.

Esta vez Marpha ya no intentó huir. ¿Para qué? Lo sabía inútil e imposible, por lo que permaneció en el lugar en que se hallaba, apoyada contra la pared, clavándose las uñas en las palmas de las manos, hasta hacer brotar la sangre. Ningún grito salió de su reseca garganta. No podía.

Con abiertos ojos, fascinados por el horror, vio Marpha avanzar hacia ella, a la “cosa”. Poco a poco, aquel ser ganó terreno y al fin extendió ¿los brazos?

Marpha sintió el cálido y helado contacto de aquel ser en su garganta. Sus miembros quemaban y helaban al mismo tiempo y sonrió gozosa. Antes de diez segundos estaría despierta y se reiría de sus temores, en tanto que con un pico de la sábana se enjugaría el copioso sudor.

Pero de repente advirtió que una poderosísima e irresistible fuerza le echaba la cabeza para atrás. El cuello empezó a dolerle muchísimo.

Se dio cuenta de que no soñaba. Era cierto. Iba a morir. Aquel “hombre” la estaba asesinando fríamente, con plena deliberación. Y el pensamiento de la muerte se le infiltró en su torturado cerebro, por lo que gritó empavorecida, pidiendo un socorro que nadie podía concederle en aquel lugar.

El grito apenas fue proferido, porque en aquel mismo instante un terrorífico ¡crack! lo substituyó. El ruido de las vértebras cervicales al quebrarse como si fueran frágiles cañas y cuando esto ocurrió, Tlazz soltó aquel cuerpo que parecía un conjunto de trapos mojados.

Buscó y rebuscó por toda la casa hasta hallar ropas adecuadas. Si quería vivir tranquilo y en paz, debía hacerse pasar por alguno de aquellos estúpidos Menos. Sonrió con desdén al recordar que Mceka había llevado su estupidez hasta el punto de enamorarse de un ser similar en todo a los que habitaban el mundo en el cual se encontraba.

Revolvió todo con furia indescriptible. ¡Qué atrasados eran aquellos Menos! Llevaban encima una enorme cantidad de ropa sucia, llena de gérmenes, maloliente, pesada, que impedía el sudor y agobiaba el cuerpo. Pero no le quedaba otro remedio y al fin, tras grandes esfuerzos, Tlazz logró tomar el aspecto de un humano. Un rápido vistazo ante un espejo, al cual hizo una muestra de desagrado, le convenció de la pasable transformación que había conseguido.

Diez minutos después, la casa de los Concklin era una inmensa hoguera, en la que se consumían los carbonizados cadáveres de sus dos habitantes y el del perro. Y Tlazz, sonriendo siniestramente, se alejó de allí. Antes de un mes sería un hombre más en la Tierra y no podrían encontrarle sus perseguidores, pues estaba seguro de que los tenía, por mucho que lo intentaran.

Y a quince o veinte millas de aquel lugar, a la mañana siguiente, un autobús se detenía frente a un clásico parador de carretera norteamericana. Sus ocupantes descendían para estirar las piernas y tomar un refrigerio. Pero Eugenia Sánchez García, que se dirigía al Oeste, y deseaba saborear en toda su extensión las incomparables bellezas de la nación yanqui, no quería utilizar un cohete de los de costa a costa, que en poco más de dos horas la hubiera transportado de Nueva York a San Francisco. Tenía todavía seis meses por delante y la cuestión económica no la apuraba, al menos durante ese tiempo, de modo que estaba haciendo el turista de un modo perfecto. Aquí se detenía y pasaba un par de días y en la ciudad siguiente, después de haber dejado un autobús, tomaba el siguiente, sin querer entretenerse ni un minuto más. Se dejaba guiar por sus corazonadas, asesoradas por una excelente guía, y así felicitó mentalmente al conductor cuando hizo aquella parada, pues el panorama era realmente maravilloso y bien merecía que se le dedicaran un par de placas.

Un hombre pasó por detrás de ella, corriendo con toda la fuerza de sus piernas. Tropezó en las espaldas de Eugenia y a punto estuvo de derribarla. La muchacha vaciló, dio un violento traspié y la cámara se le escapó de las manos, estrellándose contra el pavimento. Eugenia gimió. ¡Adiós sus vistas del Niágara!

El ruido que hiciera la hiperleica al tomar contacto con el suelo la decepcionó bastante, pero abrigó alguna esperanza. Se dijo que cuando menos las fotografías impresionadas y positivadas quedarían intactas, pero en aquel momento, cuando ya se inclinaba a recoger la desgraciada cámara, que había sustituido a la que le destrozara Tony Collino a balazos, alguien la tomó por un brazo haciéndola retroceder con violencia. Y en aquel mismo instante, un automóvil pasó veloz por

delante de ella, a más de doscientos kilómetros a la hora. La hiperleica quedó reducida al estado de oblea.

Tremendamente furiosa, Eugenia se volvió hacia el hombre que primero la empujara y ahora la había impedido recuperar la cámara. Sus ojos se desorbitaron al reconocerlo.

-¡Usted! ¡Usted! -murmuró, conteniendo difícilmente su cólera-. Pero ¿es que está a sueldo de los fabricantes de máquinas fotográficas?

-Yo..., perdón, señorita Sánchez... No me di cuenta...

¡Paf!

La bofetada sonó seca, restallante, en el frío aire de la mañana. Buck O'Hara dio un paso hacia atrás, llevándose la mano a la mejilla golpeada,

-¡Caramba, señorita Sánchez! ¡Que no es para tanto! A fin de cuentas, aunque por mi culpa se haya caído la máquina al suelo, si no es por mí hubiera muerto atropellada por ese automóvil.

-¡Y si no hubiera sido por usted yo hubiera tomado mis vistas con toda tranquilidad y mi segunda hiperleica estaría ahora sana y salva! -gritó, con histéricos acentos Eugenia.

Los pasajeros que habían desembarcado del enorme bus se volvieron a mirar a la gesticulante pareja. Algunos vieron la bofetada que ella le propinó y rieron abiertamente, en vista de lo cual, Buck, para evitar más expectación, la tomó por un brazo y la remolcó hacia la barra.

-Venga, no se quede aquí. Tomaremos una taza de café y eso le calmará los nervios.

-¿Me devolverá también mi cámara? - inquirió ella, de muy mal talante.

-Se la devolveré dentro de unas horas, cuando lleguemos al primer centro civilizado.

-¡Oiga! -protestó un ofendido barman-. ¿Acaso tengo pinta de caníbal? ¿Qué es lo que van a tomar?

-Dos cafés. Y nadie le ha llamado caníbal, ni le ha dicho que se meta en nuestra conversación.

En aquel momento Eugenia se estremeció. Buck se dio cuenta del

espasmódico movimiento de la muchacha e inquirió su causa,

-Mire, Buck -dijo ella-. ¿Ha visto en su vida un hombre de tal calaña? Usted es policía y no le debe extrañar, pero, francamente, a mi me da miedo.

Buck, sentado en el alto taburete giró la cabeza hacia el lugar que le indicaba la muchacha. Y, a su vez, tampoco pudo evitar que un escalofrío le recorriera la columna vertebral.

Era alto, delgado, y vestía un usado overol debajo del cual llevaba una policroma camisa de cuadros, y un desteñido pantalón azul, con grandes vueltas grises. El federal observó con inmenso asombro que iba descalzo, sin ninguna protección para sus pies, y asimismo observó otros detalles de su fisonomía, que no dejaron de impresionarle desagradablemente. Los ojos, brillantísimos, negros como carbunclos, hundidos en las violáceas órbitas; sus casi invisibles labios, a fuerza de ser pálidos, y el extraño cabello, repartido muy irregularmente en el estrecho y afilado cráneo, cabello que no poseía prácticamente ningún color: parecía como si estuviera fabricado de fibra de nylon. Y, por último, los dedos, larguísimos, interminables, más tentáculos que otra cosa.

Pero Buck se volvió. Al contemplar el sonrosado rostro de Eugenia, sus cortos cabellos castaños y sus maravillosos ojos verdes, a pesar del enfurruñamiento que no la había abandonado del todo, era mucho más agradable que la visión del tipo que se había sentado a su lado y que con voz tan desagradable como su aspecto, voz que más parecía miles de trozos de lata sonando dentro de un cántaro de barro, habla pedido un café.

En aquel momento se oyó con toda claridad el sonido de una sirena policial.

-¿Qué pasará? -preguntó la chica,

Buck se encogió de hombros.

-Algún automovilista que se cree que está en Indianápolis -dijo con indiferencia.

Encendió un cigarrillo tras ofrecerle otro a Eugenia.

-¿No será -preguntó ella maliciosamente (comenzaba a olvidarse de la cámara y a fin de cuentas Buck no dejaba de ser un buen mozo: irlandés y del F.B.I., su sueño dorado)-, no será que donde quiera que

vaya usted hay jaleo?

Buck sonrió divertido.

-No lo crea, Eugenia, y dispénseme que la llame asÍ -la muchacha hizo un gesto de asentimiento-. Estoy, como usted, de vacaciones. Aproveché la “liquidación” de Collino y su banda para pedir estas tres semanas de descanso que ya me correspondían hace tiempo.

En aquel momento entró un agente de uniforme, pidiendo la documentación a todo el mundo. Eugenia echó mano a su bolso y exhibió el pasaporte, en tanto que Buck mostró la placa que lo identificaba como agente federal, lo cual hizo que el guardia saludara respetuoso.

-¿Qué ocurre, agente? -inquirió Buck, alargándole un cigarrillo, que el otro rechazó con denegatorio ademán.

-Un doble asesinato seguido de incendio. Algún loco asesinó a Bill Concklin y a su esposa, que vivían en una granja a unas veinte millas de aquí. Hasta el perro. Luego los metió en la casa y la prendió fuego. Por eso lo andamos buscando.

-¿Tienen sus señas personales; alguna pista, guardia?

-¡Qué más quisiéramos, señor! -se encogió éste de hombros, pasando al siguiente, que no era ni más ni menos que Tlazz y que, en lugar de obedecer al de uniforme, entró en acción. Lanzó un horrible grito y luego saltó hacia adelante.

CAPÍTULO III

Profundamente emocionado, Hjamar avanzó por el centro del inmenso salón de forma octogonal, ricamente adornado con raros y preciosos metales. Al fondo, sobre una plataforma enteramente áurea, sentados en trece sillones del mismo metal, bárbaramente exornados con brillantes cristales de policromía sin igual, se hallaban los miembros que componían el supremo poder de Ikthar, los Trece, ante cuyas decisiones, inapelables, no cabía otra cosa que la obediencia ciega o la muerte fulminante. Pero esto último ocurría en muy contadas

ocasiones: los iktharianos sabían obedecer, y aunque también sabían que muchas de las disposiciones de los Trece eran durísimas, no ignoraban que estaban dictadas por el bien de la comunidad, ante el cual no prevalecían particulares intereses. Por ello consideraban justo el gobierno de aquellos seres, a excepción de unos cuantos, entre los que se contaba Hjamar, descontentos con el sistema de clases que separaba a unos de otros con barreras infranqueables, elevadas cientos de miles de años antes.

Se detuvo al colocarse allí, en el centro del círculo de oro. Notó que su corazón le palpitaba violentamente, y no pudo contener una furtiva mirada hacia el lugar en que Mceka estaba, junto con algunas amigas de su misma clase, sentada, esperando la decisión de los Trece. Ella le hizo un disimulado signo para animarle y en el pecho de Hjamar entró la esperanza a borbotones. Aparte de los gobernantes y unos cuantos hombres de la guardia, solamente estaban aquellas jóvenes, a quienes su posición les permitía asistir a determinadas sesiones del gobierno.

Saludó, inclinando levemente la cabeza. Aguardó a que se le dirigiera la palabra.

Fue Lderyss, el presidente de turno -se elegían por un año de entre los trece miembros, al cabo de cuyo lapso de tiempo se relevaban entre ellos, siguiendo un riguroso turno y solamente eran sustituidos unos y otros por fallecimiento-, quien se puso en pie. Hjamar contuvo la respiración. Antes de unos segundos se decidiría su porvenir.

Mceka le miraba queriendo darle ánimos.

-Eres un hábil piloto espacial -comenzó diciendo Lderyss-, y por ello te encomendamos la misión de capturar y devolver a Ikthar al traidor Tlazz. Pero si no pudieras hacerle tu prisionero, ¡mátalo! Quebrantó una de las leyes fundamentales de Ikthar y debe morir. Si él amaba a Mceka -Hjamar miró a la joven de soslayo y se dio cuenta de que ésta bajaba los ojos, turbada- debía haber hecho su petición de acuerdo con nuestras leyes. Nunca debió intentar matarte, ni menos exponer la vida de Mceka, que también estuvo a punto de morir por defenderte. El hecho de que seas un simple Menos-I no altera el fondo de la cuestión. Nadie, en Ikthar, puede tomarse la justicia por su mano. Es una de las leyes fundamentales del planeta y Tlazz la ignoró deliberadamente. Por ello debe ser capturado y traído aquí, para ser juzgado por Nosotros, los Trece. Si se resistiera, morirá.

Hjamr inclinose profundamente. Seguro de no ser observado dejó que sus ojos se recrearan en la grácil figurilla de Mceka. Se incorporó

diciendo:

-Procuraré hacerme digno de tal honor y, de una forma u otra, Tlazz ha de ser castigado.

-Que sea aquí... en Ikthar, a ser posible -dijo Lderyss, frunciendo levemente el ceño-. No dejes nunca que tus sentimientos personales se impongan sobre el estricto cumplimiento de tu deber, Hjamr. Recuérdalo.

-Así lo haré -replicó éste humildemente, inclinándose de nuevo.

-Si, como no lo dudamos, triunfas en tu misión -continuó Lderyss-, estudiaremos el modo de recompensarte debidamente. Quizá nos interesemos por el modo de ascenderte de clase. No puedo prometerte un Más-T o Más-U, pero sí un grado inferior, como lo sería un Más-A o Más-B.

Las palabras del presidente de los Trece causaron verdadera sensación entre la escasa, pero selecta, concurrencia. Jamás tales palabras se habían oído en el salón de sesiones. Ni siquiera los que tal honor habían ambicionado se habían atrevido a expresar en voz alta tales deseos. Antes bien, habían procurado ocultarlo en las circunvoluciones más recónditas de su cerebro.

Media hora más tarde, una enamoradísima Mceka se arrojaba en los fuertes brazos de Hjamr, que la acogía con gozo infinito:

-¿Oíste, mi amor? Pasaré a ser uno de los Más, Mceka. Seré uno de tu clase.

-¡Oh, bobito! ¿Qué me importa a mí la categoría en que te encuentras, si yo te amo igualmente? -le reprochó suavemente ella.

-Sí, pero yo quiero ascender, subir. Tengo ambiciones. No quiero que mi mujer, tú, sea la esposa de un Más cualquiera, confundido entre la masa. Quiero hacer los suficientes méritos para un día ofrecerme a tus amorosos ojos sentado en uno de los Trece Sillones, coadyuvando a gobernar a Ikthar. ¡A presidente llegaré! -concluyó, los ojos brillantes, ensanchándosele el pecho.

Mceka se apoyó en su amado. Sentíase infinitamente feliz. Y la causa principal eran las palabras que oyera pronunciar a Lderyss y que habían hecho tambalear el antes sólido orden social de Ikthar.

Pocos días después, Hjamr fue llamado nuevamente, pero no al salón

de Gobierno, sino a la cámara particular de Lderyss. Debía recibir las últimas instrucciones antes de partir, le dijeron al ordenarle presentarse ante el miembro de los Trece que los presidía.

-Soy tu obediente servidor, Lderyss -dijo, inclinándose. Sus ojos refulgían con brillo no disimulado.

-Nuestras últimas noticias son que ese traidor y asesino de Tlazz partió de Ikthar rumbo a Qamezh.

-¿A Qamezh? -Hjamr no pudo evitar el palidecer intensamente. Retrocedió un paso, muy en contra de su voluntad.

-Sí, a Qamezh. Pero tú eres valiente, ¿verdad? -dijo, con un poco de ironía, Lderyss, muy poco escondido.

Hjamr se irguió y en sus labios brilló la sombra de una despectiva sonrisa. Ahora veía claro la argucia de los Trece al enviarle a capturar o matar a Tlazz. Y la orden envolvía un supuesto honor que no era otra cosa que una enmascarada orden de ejecución, no contra Tlazz, sino contra él mismo, por haberse atrevido a elevar sus ojos hasta los de una Más-Z.

¡Ninguno de los que habían sido enviados a Qamezh había vuelto!

Por eso le enviaban a él. No se atrevían a condenarle públicamente, pues su brillantísimo historial como piloto intersideral era sobradamente conocido, pero bajo la capa de un encargo que debiera constituir un orgullo para quien lo recibiera, se deshacían de él con la mayor facilidad. Mas estaban muy equivocados quienes suponían que dejaría sus huesos en aquel horrible planeta, habitado por una raza salvaje y cruel que mataba sus prisioneros sin darles opción a defenderse. De algunos de ellos, se decía, pero no se había podido comprobar, que incluso se los comían, mas ello no era otra cosa que elucubraciones de los sabios naturalistas. Meras suposiciones nada más.

-Estoy dispuesto a cumplir mi misión con la mayor eficiencia y rapidez -dijo Hjamr, reponiéndose de la sorpresa-, como siempre lo hice.

Luego inquirió:

-¿Cuándo debo partir?

-Ahora mismo, si te es posible, Hjamr. Ten en cuenta la gravedad-más-tres de Qamezh. Antes de liberarte del interior de tu astronave deberás

hacer los acostumbrados ejercicios de hábito para acostumbrarte a ella. De lo contrario, te expondrías a muy graves contratiempos.

-Puedes estar tranquilo, Lderyss. Volveré o... dejaré mis huesos en Qamezh, si no he cumplido dignamente mi encargo. -Hjamr pronunció estas palabras tan altisonantes, pues sabía que le agradaban al presidente en sumo grado.

Por autoelogios que no quedara, se dijo. E, inclinándose una vez más, se retiró. Debía partir, como había dicho, cuanto antes.

Pero no lo hizo sin despedirse de su adorada. Mceka perdió el color cuando oyó las tristes noticias. Él intentó consolarla.

-¿Por qué has de preocuparte por mí? Alguien tiene que ser el primero. ¿No lo fui cuando se trató de romper la barrera del Sistema? ¿Quién si no yo salió al espacio abierto que hay entre nosotros y la primera estrella? Nadie se había atrevido hasta entonces. Se decía que era imposible el regreso. Pero yo fui y volví. Descubrí ignotos mundos, cien veces peores que Qamezh y ¿dónde estoy, Mceka? ¡Ea, no hay por qué apurarse! Antes de que Ikthar haya dado una vez siquiera su revolución alrededor de Ewwar, el astro que nos proporciona luz y calor, estaré de vuelta junto a ti, amada mía. -Hjamr cerró sus puños, concluyendo-: ¡Y entonces nada ni nadie será capaz de impedirme que seas mía!

-Y yo aguardaré aquí tranquila y confiada tu vuelta -repuso ella.

Luego se separaron y Hjamr, con paso firme y decidido se encaminó al astropuerto.

* * *

El feroz alarido que lanzara Tlazz al darse cuenta de que la persona que buscaban era él, resonó estrepitosamente dentro de la cafetería, haciendo temblar incluso las copas de los estantes. Fue un sonido agudísimo y grave al mismo tiempo, como jamás oyeran ni Buck y Eugenia; tremendamente espeluznante y que puso pavor en el ánimo de cuantos allí se encontraban. Y, mientras de su inhumana garganta aún salía aquel aullido, se lanzó hacía adelante.

El guardia de tráfico fue arrojado a un lado como si de una liviana

bolsa de papel se tratara. Quedó en el suelo, roto, encogido, quejándose monótonamente. En vista de lo cual, Buck, dejando a un lado a Eugenia y a sus vacaciones, se decidió a intervenir.

El hombre aquel que seguía gruñendo de un modo atroz corrió hacia la salida. Buck se dio cuenta de que no podría alcanzarlo y tomó un taburete, sin darse cuenta de que apeaba de él a su pareja, la cual quedó cómicamente sentada en el suelo, antes de que tuviera tiempo de enterarse de lo que se trataba.

La gente apreció que tenía que entendérselas con un loco, por lo que se apresuró a dejarle el sitio libre. Esto facilitó un tanto la tarea de Buck quien, con tremenda fuerza, lanzó el taburete hacia adelante, como si fuera un arma arrojadiza de nueva invención.

El pequeño mueble dio en la espalda a Tlazz. Elevando el tono de su horrible gañido, se volvió con algo cilíndrico en la mano, con lo que apuntó hacia Buck.

Este saltó a un lado. No lo sabía en aquel momento, pero acababa de salvarse de una horrible muerte, porque el trozo de mostrador y la pared que tenía allí, ardieron instantáneamente, a pesar de ser de metal y cemento.

Pero Buck no reparó en tal cosa. Únicamente sabía que debía detener al criminal antes de que causara más estragos, por lo que, sin vacilar, viéndole claramente las intenciones, sacó su pistola, y sin perder tiempo, disparó.

El tiro le salió bajo, pegando la bala a tres metros delante de él, porque Eugenia habla elegido aquel preciso instante para incorporarse y usó el brazo del federal como punto de apoyo.

-¡Suélteme, estúpida! -gritó él, furioso. El asesino corría desesperadamente ya por la parte exterior de la cafetería.

Echaron a correr los dos, en tanto que Eugenia procuraba sujetarse con una mano diez centímetros cuadrados de fieltro semiesférico pomposamente llamado sombrero.

-¡Esto no me lo pierdo yo! -gritaba-: ¡Qué de cosas voy a tener que contar cuando vuelva a mi España!

En la puerta de la cafetería había un atónito turista que contemplaba la escena con ojos circulares por el miedo y el asombro conjuntos. Llevaba en bandolera una hiperleica y el ojo agudo de la chica no dejó

pasar desapercibido el detalle. Sin cesar de correr, remolcándose del brazo de Buck, que tiraba de ella como si fuera una pluma, agarró la máquina, rompiendo la correa decididamente, sin que el espantado viajero tuviera siquiera intenciones de reaccionar ante el despojo.

Tlazz estaba, ya en el centro de la autopista, girando horrorosamente los ojos, como buscando el modo de huir de allí. El guardia motorista que formaba la pareja con el otro derribado sacó su pistola;

-¡Alto! ¡Alto! -gritó-: ¡Entréguese o haré fuego!

Pero quien se anticipó fue el propio Tlazz que enfocó hacia el infeliz su lámpara vital. El policía y su vehículo se convirtieron al instante en una fulgurante llamarada.

En aquel momento Buck hizo un nuevo disparo. La pesada bala alcanzó en alguna parte de su anatomía al asesino, porque éste dio súbitamente un brutal salto de costado. Giró en el aire una vez y luego cayó en el suelo, para levantarse casi al instante. Después dio media vuelta y se coló de rondón en un coche, cuyo ocupante terminaba en aquellos momentos de hinchar una de sus cámaras.

Eugenia no desperdiciaba una fotografía. Tras haber comprobado rápidamente si estaba en condiciones de ser utilizada, disparó incesantemente el obturador y las placas impresionadas fueron pasando al departamento automático de revelado y positivado. Para sí, aunque con cierto temblorcillo, Eugenia no cesaba de lanzar grititos de satisfacción. La cosa iba a resultarle perfecta.

El criminal obligó al conductor a arrancar. El pánico hizo a éste obedecer, y el coche dio un salto hacia adelante, mas en aquel momento, el chófer del enorme autobús, valientemente, se le colocó delante. Hizo girar la pesada mole de tal forma que casi obstruía totalmente la carretera. Cuatro o cinco viajeros, espantados, contemplaban los terribles sucesos desde su interior. El fuego seguía extendiéndose en la cafetería.

Para no estrellarse, el conductor del automóvil particular frenó en seco. Luego retrocedió un paso, obligado por su inesperado pasajero, y buscó la manera de hallar otro paso, pero el piloto del bus le adivinó sus intenciones y retrocedió también. Buck no se atrevió a disparar otra vez, temeroso de herir a un inocente. Y, por otra parte, sabía que tirar a las cámaras era perfectamente inútil. La perforación se cerraría instantáneamente, por sí sola, debido a la especial estructura del caucho.

Una vez más volvió a oírse el peculiar alarido de aquel ser fantasmal. Y la mano derecha de éste salió por la ventanilla, armada con aquel extraño tubo, cuya mitad era de vidrio completamente transparente.

El autobús se transformó en una gigantesca hoguera, en un segundo. Sus ocupantes, lanzando agudísimos gritos de miedo, dolor y espanto, se apresuraron a salir de él, pero eran únicamente unas antorchas vivientes. Corrieron unos cuantos metros, para caer sobre el pavimento de la autopista, consumiéndose lentamente en medio de un nauseabundo olor a carne quemada, que hizo vacilar a Eugenia.

El coche con el asesino dio media vuelta con gran rapidez. Arriesgándose a tocar al conductor, Buck disparó de nuevo, pero la bala rebotó inofensivamente en la parte alta de la carrocería y se perdió a lo lejos con erizante gañido. El federal disparó de nuevo, mas ya el coche se perdía a lo lejos.

-¡Maldición! -juró, añadiendo dos o tres palabrotas, sin cuidarse mucho de la muchacha que tenía al lado-. ¡Se nos escapa!

-¿Se nos escapa? -rió ella desdeñosamente-: ¿Acaso no sabe usted conducir un automóvil?

-¿Qué automóvil? -preguntó él, y Eugenia le indicó un garaje particular que debía pertenecer al dueño de la cafetería, que en aquellos momentos andaba muy atareado con el fuego que le consumía el negocio.

-¡Tiene usted razón! ¡Eugenia, voy a dar alcance a ese criminal!

-¿“Va”, ha dicho? Querrá significar “vamos”, ¿verdad, Buck?

-¡No! -repuso él firmemente-: ¡Usted se quedará aquí! ¿Cree que puedo permitirme el lujo de arriesgar una vida más?

Pero ella ya le había vuelto la espalda y en dos saltos alcanzó el garaje, del que salió a los pocos minutos pilotando un esbelto automóvil, cuya marcha frenó ligeramente, abriendo la portezuela para que el estupefacto federal pudiera saltar a su interior. Saltar y quedarse hecho un ovillo, en tanto buscaba el equilibrio perdido, a causa del súbito acelero que Eugenia imprimió al vehículo, haciéndole arrancar con tremendo ímpetu.

-¡Caray con la conductora! ¡Eeehhh...! ¡Que nos estrellamos! ¡Cuidado...! -gritó empavorecido, cuando la vio adelantarse con grandísima velocidad a un gigantesco camión, esquivándolo por

milímetros, dejándolo parado, en lugar de rodar a ciento treinta a la hora. Su manecita izquierda sujetaba con firmeza la sencilla barra de dirección, que había substituido al volante, en tanto que cada uno de sus pies se apoyaba en el acelerador y el freno, respectivamente. Aquella clase de coches no necesitaban de más adminículos. Eran la sencillez pura, y la mano derecha de Eugenia sostenía decididamente la hiperleica, dispuesta a no perderse una sola escena.

La aguja del cuentakilómetros marcó pronto los doscientos cincuenta a la hora. Dejando atrás otros vehículos, cruzándose peligrosamente con los que venían en dirección contraria, Eugenia lo hizo correr al máximo. La enorme autopista lo permitía. Miró de soslayo al federal:

-¿Creía usted que las españolas solo servíamos para ponernos del otro lado de la reja, a esperar al novio?

Pero de repente su pie hundió el freno a fondo. Desprevenido, a pesar de haberlo visto, Buck salió lanzado contra el parabrisas, dándose un fuerte golpe, que le hizo soltar una abundante colección de juramentos.

A menos de diez metros del lugar en que se habían detenido, un coche ardía totalmente, y tanto a Buck como a Eugenia no les cupo la menor duda de que en su interior se consumía el cadáver de su propietario. Ella tomó una placa para, acto seguido, cerrar sus ojos, levemente mareada. A pesar de su valentía, aquello era demasiado fuerte para sus nervios, y hubo de morderse los labios hasta hacerles saltar la sangre para reaccionar.

Pero Buck no podía andarse con tonterías. Saltó del coche, con la pistola en la mano.

-Un peligroso malhechor, con un arma desconocida, y potentísima por añadidura, está corriendo suelto por estos andurriales -dijo-. Ya ha cometido una impresionante colección de asesinatos y, a juzgar por las trazas, está dispuesto a consumir otra cantidad igual de vidas humanas, sin importarle lo más mínimo. Usted espérese aquí y no se mueva. No pare el motor. En el momento en que lo vea toque fuertemente la bocina. Y ¡por el amor de Dios! Arranque sin perder un solo segundo.

Asintió ella, sin atreverse a decir una palabra, sin querer mirar hacia donde ardía el otro coche. Pero diez minutos más tarde Buck volvía desalentado.

-¡No está! -murmuró. Eugenia sonrió y le enseñó la máquina

fotográfica.

-¡No se preocupe, federal! ¡Me "hinché" de retratarle en la estación de aprovisionamiento! Estoy segura de que han salido unas fotografías magníficas y nos servirán de mucho para su captura. No podrá andar muy lejos. Radiando su descripción y televisando su imagen, antes de muy pocas horas caerá en el garlito.

-¿Quiere enseñármelas? -rogó él, y Eugenia accedió.

Mas, cuando extrajeron los positivos, una sorpresa mayúscula se pintó en sus rostros. ¡Todo se veía negro! Incluso los clichés. También negros, como si se hubieran velado.

-¡No... no puede ser...! -murmuró ella desconcertada-. ¡La máquina está en perfecto orden! ¡Funciona maravillosamente!

Buck también se quedó meditabundo. No acababa dé comprender aquel misterio. Fue a decir algo, pero en aquel momento una voz horrible, espeluznante, dijo a sus espaldas.

-¡No se muevan! ¡No vuelvan la vista atrás y pongan el coche en marcha! ¡Si quieren vivir, sigan adelante hasta que yo se lo indique!

CAPÍTULO IV

Al oír la voz, Buck miró hacia arriba, al espejo retrovisor, pero el intruso asesino se incorporó y alargó el brazo. La manga de la camisa se quedó corta en otro tanto de su longitud, y aquella mano que no era de este mundo arrancó el espejo de un fuerte tirón, tras lo cual lo arrojó fuera del coche. Increpó a Eugenia, muerta de pavor:

-¡Vamos, no se quede ahí parada! ¡Arranque o la desintegro!

La española, atemorizada, hundió el pie en el acelerador. El coche salió zumbado y durante unos momentos reinó el mayor silencio entre sus ocupantes. Buck se devanaba los sesos buscando la manera de salir de aquel atolladero, pero sus divagaciones fueron interrumpidas por la irónica voz de aquel ser, que exclamó:

-No se moleste, amigo. Por mucho que lo intente, no podrá separarse

de mí, y no podrá porque a mí me interesa tenerlos juntos. ¿Comprende?

-No mucho -suspiró resignadamente Buck-, pero me creo en la obligación de hacerle saber, que está secuestrando a dos personas, una de las cuales es un agente del Gobierno.

-¿Agente? ¿Qué es eso de agente? -inquirió extrañado Tlazz, pues era la primera vez que escuchaba tal palabra e ignoraba por completo su significado. Buck dio un bote en el asiento y el asesino, creyendo que intentaba escaparse, le dio un fuerte golpe con la mano, derribándole a un lado.

-No lo repita -susurró Tlazz amenazadoramente.

-No intentaba escaparme -gruñó Buck, llevándose la mano a la cabeza, dolorida en la nuca-. Simplemente expresaba mi asombro por el hecho de que usted ignore qué es un agente federal.

-Supongo -dijo Tlazz tras unos momentos de reflexión-, que será algo así como un guardador del orden y de la ley, ¿no?

-Veo que es muy listo, señor... -pero en vista de que su secuestrador no se daba por aludido y decía su nombre, continuó-. Usted puede secuestrarme, matarme incluso, pero tenga en cuenta que en uno y otro caso el centro de la Tierra no será suficiente para esconderle a usted.

-¿La Tierra? ¿Acaso se llama así este mundo?

-¡Hombre! -exclamó Buck-. ¿No irá usted a decirme que no sabe cómo se llama este planeta, ¿verdad?

-Nosotros, los de Ikthar, lo llamamos Qamezh -dijo desdeñoso Tlazz-. Se supone que está habitado por una raza, aunque algo inteligente, sí de tremenda fiereza. ¡Fiereza! ¡Inteligencia! ¡Bah! -resopló indignado el ikthariano-. Si se les ocurriera venir en dos días os conquistaban sin más esfuerzo que el de mover la mano...

Buck se quedó rígido al oír tales palabras. No era aficionado a las fantasías, pero se dio cuenta de que aquellas frases no podían ser proferidas por un terrestre. Y los nombres tan raros que acababa de escuchar, sobre todo el aplicado al planeta... Pero se rió de sus temores. Aquel fulano debía estar rematadamente loco. No había seres humanos en todo el sistema solar. Si acaso a miles de millones de kilómetros de distancia, pero jamás se verían unos y otros.

El caso era seguirle la corriente, como a todos los dementes. Ya llegaría el momento del desquite. Pero Tlazz habló como si hubiera adivinado el pensamiento. En realidad así era.

-No hace falta que me siga la corriente, agente federal o como se diga. No estoy loco. Sí en cambio soy un hombre de otro mundo, como usted está pensando. Nací y hasta ahora he vivido en el planeta que llamamos Ikthar y si vine a Qamezh es por algo que a usted no le interesa.

-¡Bueno, bueno! -cortó alegremente Buck-. Estamos de acuerdo con usted. Usted es un iktthariano y estamos ahora en Qamezh. ¿Verdad, Eugenia?

La muchacha estaba atenta a la conducción del vehículo. Por ello no prestó al pronto atención a las palabras del federal, quien hubo de repetirlas. Contestó.

-¡Oh, sí, claro! Usted es un iktthariano; él es un iktthariano; nosotros somos...

Buck iba a estallar en una carcajada.

-¡Basta! -cortó secamente Tlazz. Aun desconociendo las peculiaridades de la idiosincrasia terrestre, se había dado cuenta de que le estaban tomando el pelo. Continuó de malísimo humor-: Muy cerca hay un pueblo. Deténganse en el primer almacén de ropas hechas.

-¡Caramba! ¿Acaso es usted adivino? -murmuró irónicamente Buck, pero el otro no le contestó.

En aquella pequeña localidad estaban en fiestas. Un enorme arco cruzaba la entrada de parte a parte, y en él había grabada una inscripción que hizo sonreír a Buck.

"Bienvenidos a Pulter City”, gritaban las grandes letras negras sobre el blanco de la enorme pancarta.

-¿Qué le parece, Eugenia?

-Muy apropiado -contestó ella, atenta a la conducción. La calle estaba rebosante de gentío que se apartaba difícilmente, y no sin grandes protestas pudieron llegar ante un almacén de ropas, tal como había pedido su pasajero.

-Bien, aquí es, señor marciano -exclamó Buck, girando un poco, pero

el otro le detuvo secamente.

-¡No lo haga!

Buck estalló:

-¿Cómo que no lo haga? ¿De qué forma cree que he de ponerme para poder salir?

El otro refunfuñó:

-Está bien. Tome -le alargó los dólares de que se apoderara en casa de Concklin-. Con esto pagará las compras que haga. Necesito ropas iguales a las suyas. Y protección para mis pies.

-Zapatos querrá decir, ¿no?

-Es igual -Tlazz hizo un gesto aburrido. Luego sondeó la mente del federal y le conminó-. Supongo que sabrá los perjuicios que le podría traer si intentara comunicarse con algunos de sus compañeros, ¿verdad?

-¿A mí? -inquirió despectivamente Buck.

-A su hembra -repuso Tlazz secamente-. La fulminaría.

A pesar de que sentía todo lo contrarío, Buck no pudo contenerse:

-¡Hágalo! ¡Por mí...! -se encogió de hombros, cruzando la acera en un par de saltos, en tanto que Eugenia lo miraba furiosamente.

Hizo sus adquisiciones de ropas en pocos momentos. Una vez hubo terminado, Inquirió en Caja, en tanto le devolvían el cambio.

-¿El teléfono, por favor?

-A la izquierda, en aquella cabina -le replicó la cajera, suspirando hondamente cuando vio que su gallardo cliente daba media vuelta. Pero instantáneamente lanzó un grito de pavor al verlo caer al suelo, retorciéndose sobre sí mismo, como si padeciera agudos dolores.

El grito de la muchacha, así como la caída de Buck atrajeron la atención de los concurrentes quienes se arremolinaron alrededor del federal, alarmados y asustados.

Pero Buck se repuso en seguida. El agudísimo y lancinante dolor que le atravesara ambas sienes pasó muy pronto, mas, no obstante,

comprendió instintivamente que con aquel forajido no podía jugarse alegremente. Había que hallar una manera de librarse de su opresión, pero no era el momento más apropiado para ello. Se juró a sí mismo tomarse cumplida venganza en el momento en que pudiera y así, tambaleándose, salió a la calle con el paquete de ropas que arrojó de muy mala gana en el interior del coche.

-No hizo caso de mis advertencias, ¿verdad? -susurró satisfecho Tlazz-. ¿Qué le pareció el dardo mental que le envié?

Buck no contestó y Tlazz continuó, de buen humor:

-Fue solamente una pequeña muestra del desarrollo de los poderes de mi mente. De haberlo deseado hubiera muerto en el acto. Y todos cuantos se encontraban a su alrededor también, pero ello hubiera sido demasiado escandaloso y hubiera dejado más rastro del que me conviene. ¡Vamos, usted, Eugenia o como la llamen! ¡No se esté parada...!

-¡Sí...! ¡Sí... señor! -contestó la española a quien, a pesar de todo no se le ocurrió la idea de que su secuestrador fuera un hombre de otro mundo, sino una persona dotada de excepcionales poderes hipnóticos.

Esto la reanimó porque se le había ocurrido una idea. Aceleró aún más, haciendo que su claxon aullara estrepitosamente. Así llamaría la atención de la policía y, efectivamente, no pasaron treinta segundos sin que se colocara al lado un motorista que les obligó a frenar.

Eugenia tembló por la suerte del hombre. Se suponía a su pasajero dispuesto a intervenir en cualquier momento con desastrosos efectos para el guardia de tráfico, pero no ocurrió lo que la muchacha temía:

-¡Bueno, bueno, señorita! -exclamó el hombre, sonriente-. ¡Ya sabemos que estamos en fiestas, pero solamente se puede correr en la carretera! ¿Entendido?

-Gracias, guardia -suspiró ella aliviada-. Es usted muy amable.

-¿No querrían quedarse a ver el rodeo de esta tarde? Tiene fama en toda la región y...

-¡No es necesario! Tenemos mucha prisa - cortó secamente Tlazz-. ¡Adelante!

Eugenia obedeció sonriendo al guardia con cara de circunstancias y apretó el acelerador. Cinco minutos después estaban en la autopista y

el alcanzar los doscientos cincuenta kilómetros por hora fue cosa de segundos. Tres millas más allá se desviaron a la derecha, por un ramal, y veinte más adelante tomaron otra ruta, Buck se dio claramente cuenta de que su pasajero intentaba hacer perder la pista, mas también confió en que el dueño del coche denunciara su desaparición y la matrícula del vehículo sería esparcida rápidamente por la región, lo cual no dejaba de constituir un inconveniente para los deseos de Tlazz mas, a juzgar por el aspecto de éste, todo aquello le tenía sin cuidado.

El huésped a la fuerza continuaba adivinando sus pensamientos, porque ordenó secamente:

-¡Deténgase! -y no dijo más, por lo que Eugenia se apresuró a obedecer, frenando el coche en brevísimo espacio. Tlazz se apeó y corrió a la trasera, en donde hizo algo que ni Buck ni la muchacha pudieron ver. Luego pasó al morro del vehículo, donde repitió la operación, tras lo cual Tlazz embarcó de nuevo:

-¡Andando! -dijo-, y continuó, aclarando lo que había hecho-. Ha sido la mar de fácil alterar esos signos, que ponéis a vuestros vehículos para que sirvan de medio de identificación. Y, en cuanto lleguemos a lugar habitado, me equiparé convenientemente para que no me encuentre nadie en el resto de mi vida.

Sin embargo, veinte millas más adelante, Tlazz ordenó a Eugenia que se detuviera otra vez. Tanto ésta como el federal notaron algo extraño en la voz de su acompañante, pero no pudieron dilucidar las causas que le impulsaban a obrar de tal modo.

Se apeó y miró tan malignamente a ambos, que la muchacha no pudo por menos de estremecerse. Aquella mirada se le había clavado en el fondo del cerebro como si hubiera sido del más fino acero de Toledo.

-Espero que no cometerán la tontería de marcharse de aquí. No les gustaría asarse con el coche, ¿verdad?

Eugenia tembló e instintivamente, sin darse cuenta de lo que se hacia, tomó la mano de Buck, apretándola fuertemente. A cada segundo que pasaba aumentaba su temor.

Estaban en un lugar en el que la autopista hacía como una especie de cañón de paredes muy suaves, de escasa inclinación, aunque muy boscoso. El asesino se perdió por entre la espesa vegetación, y aquel fue el momento que Eugenia eligió para cuchichear al oído de Buck:

-¿Por qué no aprovechamos la ocasión para largarnos, federal?

-Usted no está en su sano juicio, joven -rió él amargamente-. Por todo el oro del mundo no querría yo pasar el mal rato que pasé en la sastrería. ¡Uf! Si todavía tiemblo al recordarlo. No sé cómo puede resistirlo.

-¿Tan malo fue?

Se estremeció el agente:

-No me lo recuerde, por favor. Me pareció que me atravesaban la cabeza con un hierro al rojo. Ese hombre debe tener poderes diabólicos.

-Buck, me defraudará usted si me dice que cree en brujerías como si estuviera en la edad media -dijo ella.

-En brujerías no, pero sí en el formidable poderío mental de ese tipo que llama de maneras tan raras a su planeta y al nuestro.

-Pero... ¿usted cree que no ha nacido aquí, Buck?

-Cada vez me siento más inclinado a creerlo, Eugenia, esa es la verdad. Fíjese en el tono de su voz; en su horrible rostro, que parece como si no hubiera tenido tiempo de modelarse totalmente hasta adquirir una apariencia humana y, en fin, el detalle de arrancar el espejo retrovisor. ¿Se dio cuenta de que su brazo se le alargó de golpe otro tanto de su longitud, como si fuera el tentáculo de un pulpo?

-Es verdad -hubo de reconocer la chica, medrosamente-. Y ¿qué podemos hacer?

Buck frunció el ceño:

-Yo tengo algo en el bolsillo con lo que podría llamar a la dirección central del F.B.I., en Washington, pero no me atrevo a usarlo ahora. Temo sufrir alguna descarga que me tueste y, francamente, no siento el menor deseo de una electrocución sin comerlo ni beberlo.

-Quizá mañana... -musitó Buck, como hablando consigo mismo, mas en aquel momento el primer chispazo luminoso atravesó la obscuridad.

No se trataba de un aerolito ni una estrella fugaz, sino de un pequeño punto brillante, un destello de grandísima intensidad y con tan rápido

movimiento que más parecía un rayo.

Casi inmediatamente se produjo otro destello. Buck y Eugenia lo vieron con toda claridad. La mancha que dejó tras sí era de bordes rectilíneos, y cosa curiosa, intensamente verde, un verde esmeralda, completamente líquido.

-¡Caramba! ¿Qué será eso? -inquirió Eugenia.

-No lo sé. Es la primera vez que veo una cosa tan rara - confesó el federal, despistado por completo.

Un tercer chispazo cruzó el firmamento hacia el oeste. Luego un cuarto, un quinto... El sexto trazó una parábola cortando la luna por el centro. Siguieron tres o cuatro más, y luego se entrecruzaron unos con otros, describiendo curvas caprichosas, pero siempre dejando estela verde.

De repente tres se precipitaron hacia tierra al mismo tiempo. Juntos, muy juntos, parecieron dirigirse hacia el lugar en que estaban Buck y Eugenia, mas antes de llegar siquiera a ellos, todavía a gran distancia, se fundieron en un gigantesco fogonazo que iluminó, durante una décima de segundo, espectral, fantasmalmente, aquel lugar. Eugenia pudo ver el rostro de su acompañante y le pareció el de un cadáver.

El fogonazo pasó violentamente del verde al blancoamarillento. Se degradó al rojo y luego al violeta, para desaparecer al cabo de un segundo. Luego, el trueno de la gigantesca explosión sacudió con tremenda violencia las capas atmosféricas, haciendo vibrar el coche desde las ruedas al techo.

Pero todavía quedaban más luces que giraron incesantemente sobre el lugar que se había producido la explosión. Sus estelas dibujaban fantásticos arabescos en el cielo. De una de aquellas luces partió un rayo blanquísimo que tocó el suelo, a media milla de allí. Instantáneamente la arboleda comenzó a incendiarse.

Algunos coches, atraídos por el espectáculo, comenzaron a detenerse.

-¿Crees que fue... que fue cer... cerca? -tartamudeó la muchacha.

Buck frunció el ceño:

-Sí, creo que fue dentro de nuestra atmósfera. El incendio de esa parte de bosque lo prueba. Mire esa estrella que brilla a través de una de las estelas. Hace un momento se encontraba a su costado.

Buck estaba en lo cierto. El dibujo del cielo cambiaba lentamente, como si quienes produjeran aquellas extrañísimas luces estuvieran observando el planeta. Diversas voces comenzaron a oírse entre los automovilistas que se habían apeado de sus vehículos. Alguien gritó con voz de técnico:

-¡Son estelas de vapor producidas por aviones cohetes! ¡Están haciendo maniobras nocturnas!

Buck sacudió la cabeza. Eugenia le inquirió:

-¿Es cierto? ¿Aviones a chorro?

-Si así fuera las estelas no se verían de noche, salvo que hubiera luna llena y ya puede usted darse cuenta la ridícula cantidad de luz que nos envía nuestro satélite.

-¿Qué será, pues? -musitó ella.

-¡Hum...! ¿Sabe lo que la digo? Que puede que ese tipo tenga razón. Quizá se está comunicando con otros seres de su planeta, como quiera que se llame. ¡Maldición, vaya un nombre difícil!...

-O quizá no esté a gusto con ellos y se estén peleando -sugirió la muchacha.

-Todo pudiera ser -gruñó Buck, y como si el fogonazo que se vio a continuación y que iluminó un área de centenares de millas durante una fracción de segundo, fuera la confirmación de sus anteriores palabras, el pavoroso estruendo de la explosión, muy mitigado por la distancia, llegó hasta ellos. Solamente quedó una estela que se perdió verticalmente hacia arriba, adelgazándose progresivamente a medida que se esfumaba.

Los excitados comentarios de los automovilistas continuaban llenando la noche. Formaban grupitos y discutían entre sí las causas de aquel tan extraño fenómeno, pero más les hubiera valido continuar su viaje, porque no tardó mucho en aparecer por allí Tlazz, quien al darse cuenta de lo concurrido que estaba aquel lugar, lanzó un poderoso grito de cólera.

Todos los rostros se volvieron hacia el autor del alarido. Durante unos segundos la gente se quedó extática, mas no tardaron mucho en dar media vuelta e iniciar una furiosa y alocada estampida, en medio de desgarradores aullidos de dolor y pánico.

CAPÍTULO V

De la mano de Tlazz salió un rayo de luz que hizo impacto en el coche más próximo, que se transformó al instante en una vivísima llamarada. Debía ser alguno de los tipos anticuados de combustible químico, porque los tanques de carburante reventaron atronadoramente, esparciendo chorros de líquido ardiendo y planchas al rojo, que abrasaron a cuantos estaban alrededor del vehículo siniestrado. La gente corrió despavorida y unos cuantos desgraciados se convirtieron en humanas antorchas, cuyos delirantes gritos de dolor y pánico taladraron vibrantemente la atmósfera. Pero cayeron a los pocos metros, consumiéndose hechos unas teas que apenas si se estremecían espasmódicamente.

Satisfecho de sí mismo, dándose cuenta de que tenía el camino despejado, Tlazz se encaminó hacia el coche, mas en aquel mismo momento, Eugenia, reaccionando histérica se arrojó del automóvil.

Su ataque cogió de sorpresa al hombre extraterrestre. La muchacha gritó y le pateó:

-¡Bestia! ¡Bruto! ¡Canalla! ¡Asesino! -y sus uñas le rayaron el rostro, ante lo cual el criminal lanzó un poderoso grito de furia. Luego le bastó un simple revés de su mano para arrojarla contra el coche. Eugenia fue a dar contra la portezuela y sin un gemido, cayó inerte, desvanecida. Resbaló hasta el suelo y Buck se apresuró a tomarla en sus brazos, recostándola en uno de los asientos. Miró fijamente a Tlazz y profirió con intenso acento de odio estas palabras:

-Usted puede seguir haciendo de las suyas ¡so marciano!, pero le prometo que la última será la mía.

Tlazz se echó a reír, si es que risa podía llamarse a aquel bronco sonido.

-¡Ea, conduzca usted mismo ese anticuado vehículo! Ya veremos quién dice la última palabra.

Buck estaba dando el contacto cuando preguntó:

-¿Por qué no nos ha matado a nosotros? ¿Por qué no incendió nuestro coche?

-Ustedes me son altamente necesarios. Ya lo sabrán a su debido tiempo -y Tlazz se repantigó cómodamente en el asiento, en tanto que el coche reanudaba su veloz marcha.

No tardó mucho la radio en dar noticias. Buck presintió que ya estarían transmitiendo información sobre las salvajadas cometidas por su pasajero y dio medía vuelta al mando de sonido. No le interesó el visor, porque no tenía interés el contemplar el rostro del locutor:

-"... después de los crímenes cometidos en el parador, el incendiario maniático ha seguido su camino en un vehículo que no es suyo. Los últimos informes dicen qué va en compañía de un hombre y una mujer, estos últimos seguramente contra su voluntad..."

Le interrumpió Tlazz, inquiriendo abruptamente:

-¿Qué dice ese transmisor?

-¿Acaso no lo está oyendo lo mismo que yo? -gruñó Buck, de muy mal talante-. Pues habla mi mismo idioma.

-No entiendo absolutamente nada de lo que dice -el tono del forajido era áspero y Buck captó la oculta amenaza que se escondía allí. Cortó la retransmisión y murmuró:

-No lo comprendo. Usted entiende perfectamente cuanto yo hablo, y en cambio no se siente capaz de traducir lo que dice el locutor. ¿Quién diablos es usted?

-Ya se lo dije antes -repuso Tlazz-, y en cuanto al hecho de que comprenda sus palabras se debe, no al conocimiento de su idioma, sino al enlace mental que establecí con usted y su hembra.

-¡Ah! -exclamó Buck, y no dijo más, quedándose meditabundo, sin descuidar por ello la conducción del coche. Le parecía empezar a comprender las cosas. Su pasajero no comprendía las palabras del locutor porque necesitaba tenerlo delante para establecer el contacto mental. Una vez hecho esto, se dijo, solamente la muerte o algún accidente de importancia sería capaz de deshacer aquel invisible ligamento.

Tomó buena nota de ello. Le convendría cuando empezase a contraatacar.

La ciudad se les echó encima casi antes de que se dieran cuenta. Eugenia ya se había recuperado de su desvanecimiento, pero permanecía muda, hoscamente silenciosa.

-Busque algún lugar apropiado para pasar la noche desapercibidos -sonó la voz de Tlazz-. Tengo que trabajar.

Pero no dijo en qué.

Al cabo de un rato de huronear por las calles de la ciudad, dio con un hostal de tercera categoría que le gustó.

-Creo que esto puede servir -dijo, y Tlazz aprobó la elección con un gruñido.

-Bajen. Y cuidadito con intentar nada, ¿eh? -ordenó el criminal.

-Se está repitiendo demasiado, amiguito -repuso Buck, hastiado. Tomó del brazo a Eugenia, y el trío se dirigió al “comptoir”. Allí miró de soslayo a su forzado compañero y pidió dos habitaciones. El hotelero le entregó las llaves, pero antes les exigió la firma en el registro.

Buck cogió la pluma. Meditó un segundo y al fin se decidió. Suponía que su pasajero no entendería el escrito. “Avise al F.B.I.”, era su intención de poner, pero ya se inclinaba sobre el registro cuando sintió una mano de hielo posarse sobre la suya.

-Me parece que la firma que piensa poner no es la suya -dijo suavemente Tlazz. Buck juró por lo bajo, y acabó poniendo su nombre. Eugenia le imitó y cuando al asesino le llegó su turno se quedó parado con la pluma en la mano.

Buck se apoyó en el mostrador. Le divertía el embarazo de Tlazz.

-¡Ancle, firme! ¡Demuéstrenos su conocimiento de la escritura!

Pero Tlazz arrojó fuertemente la pluma, disgustado.

-Hágalo usted por mí -dijo con firmeza-. Y no se niegue.

El hotelero contemplaba la escena con ojos estupefactos, pero cuando el federal hubo terminado acabó por encogerse de hombros. Estaba acostumbrado a ver tantas cosas...

Tlazz hizo que sus dos acompañantes penetraran en la misma habitación. Buck protestó:

-¡Eh! ¡Que nos van a arrojar de aquí! -gritó.

-Antes de que nos echen nos iremos nosotros -luego miró a los terrestres de tal forma, que éstos se sintieron invadidos de un profundo sueño. La muchacha se dejó caer sobre la cama. Casi a tientas, Buck buscó el amparo de un sillón.

Se dio cuenta de que aquel extraño ser les ordenaba dormirse y, aun cuando se resistió con todas sus fuerzas, acabó por ceder.

Se despertó muy avanzada la mañana, cuando un juguetón rayo de sol le dio en pleno rostro. Durante unos momentos vivió aquella dulce laxitud de la semiinconsciencia, hasta que, súbitamente, recordó dónde y por qué se hallaba. Miró a la cama y respiró, profundamente aliviado al advertir la normal postura de la muchacha, sin desvestirse, hecha un rebullo, con un brazo bajo su delicado rostro, suavemente sonrosado.

Sintió unos deseos locos de depositar un beso en aquellas mejillas que lo pedían a gritos. Y no lo pensó más. Se levantó.

Pero hizo ruido. Torpe aún, no se dio cuenta de que tenía al lado una mesita que derribó con estrépito y aun cuando la quiso sujetar, ya era tarde. Se maldijo a sí mismo por su torpeza. Eugenia se agitó, y alguien entró corriendo en la habitación.

Buck respingó. El hombre aquel estaba ya vestido con las ropas compradas. Incluso se había colocado los zapatos. Mas, en cambio, su rostro aparecía completamente cubierto por una toalla.

-¿Qué ocurre? -inquirió adustamente. La voz sonó hueca en demasía.

-No... Nada... Me desperté y...

-Está bien. No se muevan de aquí. Vuelvo en seguida.

-¡Escuche! -la voz de Buck sonó imperativa y el tipo giró en redondo.

-¿Qué tripa se le ha roto, amigo? ¿No se dice así en este planeta?

-Bueno, si usted se empeña... Pero me gustaría saber cómo se llama. Es muy aburrido no poderle dar un nombre en nuestras conversaciones.

-Sería muy difícil traducirlo, agente. Lo más aproximado a sus sonidos es algo así como Tlazz -contestó éste, desapareciendo de la habitación y pasando a la inmediata.

-¡Tlazz! -exclamo atónita Eugenia, todavía sentada en la cama-. ¿Ha oído usted algo igual en su vida?

-He de confesar que no. Y creo que al fin ese fulano se va a salir con la suya y va a resultar que es marciano.

-¿Un marciano? -repitió Eugenia, aterrorizada-: ¿Puede ser eso cierto, Buck?

Éste se encogió de hombros:

-¿Acaso no lo está viendo por sí misma? Yo casi me convencí cuando me di cuenta de que comprendía mis palabras y no las que pronunciaba el locutor que daba las noticias de los desastres que ha provocado este salvaje. Y, por si era poco, me dijo que no había entablado contacto mental con él. De modo que...

Eugenia se apoyó una mano en el rostro, estupefacta. Había oído tantas historias de supuestas invasiones de la Tierra por seres fantásticos, que ahora que tenía uno delante, se le hacía muy cuesta arriba el creérselo.

Pero de repente alzó la cabeza al sentir ruido en la estancia inmediata. Como a un conjuro, los dos se incorporaron y se acercaron de puntillas, contemplando los trabajos de Tlazz, quien, absorto por completo en su afanosa labor, les volvía por completo la espalda.

Súbitamente, una brutal sí que salvadora idea, cruzó por la mente de Buck. Se dio cuenta de que tenía una silla al lado, y la alzó, saltando hacia adelante, dispuesta a rompérsela en la cabeza al criminal, pero éste se volvió repentinamente.

-¡No, no, no! ¡Eso no me gusta, señor federal! Deje ese trasto a un lado y vuélvase, con su hembra, al dormitorio. Aguarden ahí, y den gracias al buen humor de que disfruto, de que no los fulmine de una vez.

Buck y Eugenia se quedaron mudos, no por la sorpresa que les produjera el ver que Tlazz había adivinado sus pensamientos, sino por un horror profundo, infinito, como nunca lo habían sentido.

¡Pues Tlazz no tenía rostro alguno!

Ni ojos siquiera se le veían. Una masa escamosa, lisa, sin ninguna irregularidad, horripilante, que infundía hielo en el corazón. Buck tartamudeó algo ininteligible y tiró de la muchacha, que no opuso la menor resistencia, anonadada como estaba por aquel inconcebible

descubrimiento.

-Ahora recuerdo -dijo al cabo de unos momentos, cuando la angustia que había sentido al ver la espantosa faz se le pasó un tanto-. Cuando le arañé la cara sentí su sangre correrme por las manos. Aún no me las he lavado, Buck. ¡Fíjese, fíjese en ellas! -y Eugenia extendió sus dedos, cuyos extremos estaban teñidos de verde oscuro-. ¡No es un hombre, Buck! ¡No ha nacido en la Tierra!

-Ahora estoy cierto de ello -dijo amargamente Buck-. Y lo malo es que somos menos en sus manos que un pajarillo en las garras de un halcón. Puede hacer con nosotros lo que quiera. Incluso matarnos con sólo desearlo.

Sintieron unos pesados pasos que se acercaban. Buck, instintivamente, se echó mano a la pistolera, mas se dio cuenta en seguida de que había sido desarmado. Por lo visto los proyectiles terrestres solían hacer mucho daño.

-Así es -corroboró Tlazz, sin entrar siquiera ni dejarse ver-. Cerca estuvieron de conseguirlo, mas afortunadamente llevaba conmigo una pequeña provisión de cinta celular, que repuso en seguida las destrozadas por sus balas. De no haber sido por ello, ustedes habrían ganado la partida -y diciendo esto, Tlazz penetró en la habitación, llevando algo en las manos que le ocultaba totalmente el rostro y que hizo que los terrícolas lanzaran un grito de estupefacción.

¡El objeto que Tlazz llevaba era una exacta reproducción del rostro de Buck!

Emitió el federal un agudo gemido al darse cuenta de las intenciones del hombre de otro mundo. Vestido de tal manera, podría pasar por él mismo. Nadie le reconocería. Nadie sería capaz de identificarle y circularía libremente por la Tierra, cometiendo toda clase de crímenes.

-No. Solamente los necesarios -sonrió la artificial faz de Buck, ya colocada en su sitio. El legítimo sollozó al darse cuenta de que ni uno solo de sus pensamientos se le escapaba a aquel bandido.

-¿Qui... quién es usted? -dijo al cabo de un rato-. Lleva mi rostro; habla inglés perfectamente y... ¡Cielos! ¡Si hasta usa mi voz! -se volvió a acongojar Buck.

-Soy un fugitivo de Ikthar -repuso Tlazz-. Cometí un crimen allí; un estúpido crimen que hoy deploro más que nunca. Yo también estaba enamorado y no podía consentir que ella mirara a un ser de

inferiorísima clase. Intenté matarlo, pero la cosa no me salió bien. Es igual, porque mi captura o muerte está decretada. En Ikthar no se toleran estas cosas. Bien, el caso es que estoy defendiendo mi pellejo. Y ustedes me servirán de mucho para salvarlo.

-La verdad es que habla usted muy bien nuestro idioma -refunfuñó Buck, pues se había dado cuenta de que las palabras que pronunciaba ahora Tlazz eran “pronunciadas”, no “pensadas”. Tlazz sonrió débilmente.

-Mientras dormían pedí unos cuantos libros. Me resultó algo difícil al principio, pero una vez que le cogí el hilo a la cometa, todo fue sencillísimo. Después tuve que buscar el modo de esconderme. Me costó bastante fabricar la máscara, no crea. Menos mal que la fotografía de su carnet me ayudó bastante. Después me haré un rostro como el de la hembra. Así, cuando me convenga, tomaré su aspecto. Divertido, ¿eh?

-¿Qué eran aquellos trazos verdes que se veían en el cielo, Tlazz? -inquirió el del F.B.I.

-¿Trazos...? ¡Ah, sí! Unas cuantas astronaves que enviaron en mi busca. Me anticipé a ellas y las destruí.

-Si mal no recuerdo -dijo Buck, suave y maliciosamente-, una de ellas, al menos, logró escapar.

-Pudiera ser -replicó Tlazz indiferentemente-. En todo caso, por ahora no está en condiciones de hacerme daño alguno. Y si intentara repetir el golpe, lo sabría con anticipación. ¡No en balde soy un Más-T, mientras que su piloto es un Menos-I! -declaró con insensato orgullo el extraterrestre.

La mente de Buck funcionó velocísimamente. Una fotografía había servido de modelo para hacer aquella cara. Luego venía la cuestión de la voz. El completo estudio del inglés, hecho en pocas horas. Y Tlazz que sostenía que no era nacido aquí y que, a juzgar por su aspecto y sus hechos, tenía toda la razón del Universo. Pero si no era un hombre en el terrestre sentido de la palabra, ¡era inteligente! ¡era racional!

Se sentó, mareado. Eugenia le miró interesada. Tlazz habló con indiferencia, persuasivo, ampliando detalles. Describió su lucha con las astronaves iktharianas, a las que sorprendió, venciéndolas mediante un acertado uso de su lámpara vital, aprovechándose de la falta de costumbre de moverse en una atmósfera excepcionalmente densa y del hecho de que, a tan poca altura, y todavía no

acostumbrados, la gravedad-más-tres de la Tierra, comparada con la de Ikthar, les tuviera un poco desconcertados.

-¡Igual me pasó a mi! Antes de que me decidiera a aterrizar, pasé bastantes días circulando alrededor de Qamezh para habituarme a la gravedad-más-tres que reina aquí. ¡No lo pasé muy bien, créanme!

-Está bien. ¿Qué piensa hacer ahora? -inquirió Buck secamente-. Si es un fugitivo, ¿es realmente importante que no sepan que está aquí?

-Si descubren el lugar en que me escondo, me destruirán, porque, como es lógico, no he de dejar que me capturen, como reza la orden que traen -dijo Tlazz sin la menor emoción-. Y en el momento en que me localicen de nuevo, acabarán conmigo. Y con todos ustedes, y el planeta en que se encuentran, si ello es necesario, con tal de castigar mi crimen.

-Pues no es mucho mejor la suerte que le espera si el F.B.I. le echa el guante. Piense que ya ha matado un buen golpe de personas. ¿Era absolutamente necesario?

-Puede que no -replicó Tlazz indiferentemente, como si no tuviera que ver con él-, pero ¿qué importancia pueden tener las vidas de unos cuantos Menos, máxime cuando no son siquiera iktharianos?

-¡Y dale con los iktharianos! -se molestó la muchacha, hasta entonces silenciosa-. ¡Cualquiera diría que son ustedes los amos del Universo!

-¡Lo somos! -contestó Tlazz, sin pizca de orgullo en la voz-. Hemos recorrido el sistema solar de punta a punta; hemos rebasado sus límites; conocemos mundos habitados más allá de la Primera Estrella... ¿y todavía pregunta usted si somos los amos del Universo? ¿No salta a la vista?

-Bueno, bueno -terció Buck, conciliador-. No somos analfabetos los terrestres, precisamente.

-¿No? -sonrió burlona la otra faz de Buck-. Mire.

De uno de los bolsillos de su traje extrajo Tlazz un largo tubo de unos veinte centímetros de largo por unos cinco de diámetro. Dos tercios eran de un desconocido metal negro, mate, sin apenas brillo. El resto parecía de vidrio, mas no obstante, no permitía la visión de lo que allí se encerraba.

-Esto tiene la suficiente potencia para arrasar su presuntuoso globo.

Hacerlo estallar y convertirlo en un cúmulo de asteroides como los que hay entre Ikthar y Zendor.

-¿Ikthar y Zendor? -repitió Buck. Un relámpago de luz acababa de cruzar por su mente. ¡Claro! ¡Ahora estaba seguro! ¡Tlazz era de Marte, y al decir Zendor debía referirse a Júpiter! Los asteroides eran aquella bandada de corpúsculos celestes que se encontraban entre uno y otro planeta.

-Exacto -sonrió Tlazz-. Ha deducido usted correctamente. Aplica nombres diferentes pero, como dice uno de esos libros que estudié anoche, el nombre no hace a la cosa: Ikthar o Marte, Zendor o Júpiter, el resultado es el mismo, y este aparatito que tengo aquí y cuyos efectos conocen ya, puede disolver Qamezh, o la Tierra, como si fuera un terrón de azúcar en un vaso de café caliente. Así que ya están advertidos.

-Bien, creo que ya sabemos todo lo que necesitábamos, marciano. ¿Cuáles son tus órdenes? -inquirió zumbonamente Buck.

-Largarnos de aquí cuanto antes. Hemos permanecido ya demasiado en el mismo lugar. En otro sitio construiré la máscara de la hembra. ¡Salid delante!

Buck tomó la mano de Eugenia, pero en el momento que cruzaban por delante del marciano, aquél empujó a la chica, lanzándola contra el cuerpo de Tlazz. Como el movimiento había sido totalmente impensado, éste fue cogido de sorpresa y trastabilló. Eugenia gritó empavorecida.

Buck se arrojó sobre el asesino. Su puño derecho se dirigió hacia la mandíbula de su enemigo, hallándola infinitamente blanda, ante su enorme sorpresa, pero no se durmió en los laureles. Dejando a un lado la ética, alzó el pie y lo incrustó en lo que él suponía vientre de aquel inhumano ser, que gritó espeluznantemente.

Pero una silla, manejada hábil y duramente, se estrelló contra la cabeza de Tlazz, cuyas rodillas se doblaron. Por entre el pelirrojo cabello artificial comenzaron a deslizarse unos hilillos de un repugnante líquido verdoso, que se esparció lentamente por el suelo, cuando el marciano acabó de caer, y un espantosísimo y nauseabundo olor se esparció en el ambiente.

-¡Vámonos, Eugenia! ¡Esto ya está liquidado! -la tomó de la mano y salió arreando con ella por las escaleras abajo. El “aroma” del caído fue acicate suficiente para que, más que correr, volaran. Y, en cuanto

estuvo abajo, Buck se precipitó sobre el primer visoteléfono que encontró.

Discó un número. Mientras aguardaba la respuesta, sonrió a Eugenia.

-Le ruego me dispense por el empujón. Pero fue la única salida que... -se interrumpió porque la conexión estaba hecha-. ¡Jefe, jefe! ¿Me oye? -empezó a llamar.

CAPÍTULO VI

Cuando Hjamr y Mceka se despidieron en mitad del astropuerto, ella hizo algo que rompió todas las tradiciones sociales iktharianas. Pues se puso de puntillas sobre sus pies y lo besó en los labios, lenta, suavemente, en tanto que unas lágrimas fluían lentamente de sus ojos.

-¡Adiós, amor mío! -susurró-. ¡Vuelve pronto!

Las palabras de Mceka habían llenado de orgullo el corazón de Hjamr quien, desprendiéndose del dulce abrazo, marchó hacia la astronave que capitaneaba el Viaje-Sanción, a cuyo frente marchaba él, un Menos-I, sobre otros muchos seres que pertenecían a los Más.

El crucero de "energial" de Hjamr era el primero en su clase, construido por los científicos de Ikthar. El resto eran astronaves corrientes de energía nuclear aprovechadas hasta el límite, sin que se desperdiciara un solo átomo desintegrado. Por ello el Viaje-Sanción encerraba también otra finalidad, tan interesante o más que la de castigar a Tlazz: probar la nueva forma de impulsión a través de los espacios.

El crucero era un aparato macizo y de forma ovular, y a su lado resultaban un tanto pequeñas y anticuadas las naves de escolta. Su nombre era "Energ-I", y su superficie, de un metal procedente de una complicadísima aleación, era una de las partes esenciales en el ciclo "energial".

El "Energ-I" no tenía tripulación que lo manejara: Hjamr podía hacer funcionar los complejos mecanismos desde la torreta central de control. Sin embargo, había tres seres más en la nave, formando

también parte del Viaje-Sanción.

Uno era Wtred, enviado por la Sociedad Astrográfica de Ikthar; otro era un miembro de la Alianza Biológica y su nombre era Bday. El tercero, en suma, se llamaba Golar, e iba en representación de la Unión de Físicos Iktharianos, inventora del motor energial.

Hasta que subió al crucero, Hjamr no había visto a sus compañeros de viaje. Eran todos Más, como Mceka, y de grados elevadísimos, lindando con el máximo. En cambio él, a pesar de ser el jefe del Viaje-Sanción, seguía siendo un Menos, por lo que sus maneras eran un tanto bruscas, desprovistas muchas veces de suavidad. Quizá ello había contribuido a elevarle a los ojos de Mceka.

Los había saludado y ellos le contestaron con unos refunfuños. A decir verdad, viajaban bastante molestos. No les gustaba poco ni mucho ir al mando de un ser tan despreciable como aquél, pero las órdenes de los Trece pesaban demasiado para que intentaran siquiera comentarlas.

Hjamr se dio cuenta del torvo ceño con que era acogido y, de momento no dijo nada. Debía ocuparse de la partida y así lo hizo y, hasta que no estuvieron todas las astronaves del Viaje-Sanción en franquía, y los pilotos automáticos establecieron la órbita que los llevaría a Qamezh, Hjamr no dijo nada, Cuando se cercioró de que todo iba bien, entonces fue cuando agarró el toro por los cuernos. No le gustaba la palabrería vana y dilatoria.

-Escachadme bien -comenzó a hablar firme y decidido-. Este Viaje-Sanción no es cosa mía. Por mi gusto no lo hubiera hecho, pero ya sabéis cómo las gastan los Trece con quien se niega a obedecer sus órdenes. Aparentemente el objetivo de nuestra expedición punitiva es capturar a Tlazz que se ha refugiado en Qamezh. Capturarlo o... dejarlo en condiciones de que no pueda lanzar jamás un dardo mental.

Los tres Más de la tripulación se miraron unos a otros aprensivamente. El nombre que había pronunciado su detestado jefe era como para impresionar al más valiente y ellos no Ignoraban que ninguna expedición enviada a aquel planeta terrorífico había regresado jamás. Bday sacó la lengua bífida, enjugándose torrentes de frío sudor que le corrían por todo el rostro. De haberlo sabido quizá hubiera buscado la manera de eludir el viajecito.

Hjamr continuó:

-Sé -dijo-, que no os agrado como comandante del viaje. Lo

comprendo. Si yo fuera un Más, cargado de prejuicios adquiridos a lo largo de cientos de millones de años, es muy probable que pensara igual que vosotros. Pero, dejemos esto aparte. Hay otro motivo por el cual se me envía a Qamezh. Un motivo que no se ha hecho ni se hará público porque, sencillamente, no puede divulgarse. Este motivo es el amor que nos une a Mceka, hija de Toakh, uno de los Trece, y a mí. No se han atrevido a matarme, pero lo intentan de una manera decorosa para ellos. Y para mí, porque en caso de no regresar, mi nombre figuraría entre los de los escasísimos Menos que fueron autorizados para viajar hasta Qamezh.

-¿Por qué, pues, hemos de pagar nosotros tus culpas? -inquirió de malísimo talante Golar, el físico, pero Hjamr se encogió de hombros.

-No es cosa mía. Y, en todo caso, El Poder Supremo quiere comprobar si el motor “energial” es mejor que el que se ha venido usando hasta ahora. Tú fuiste uno de los que lo inventaron y perfeccionaron, ¿no? Es lógico que se te haga viajar porque así comprobarás sus excelencias o... defectos -sonrió finalmente Hjamr.

-¿Qué hemos de hacer? -inquirió Wtred.

-Si queréis regresar a Ikthar debéis estar unidos conmigo. Debemos formar un equipo compacto, sin fisuras. Dejar a un lado todas esas zarandajas de la diferencia que hay entre los Más y Menos. De lo contrario; obvio es decir que el desastre inevitable nos espera.

-¿Crees que podremos vencer los peligros que nos acechan en Qamezh? -preguntó nervioso Bday.

-¿Por qué no? Alguien ha de ser el primero. Pero, no se hable más. Os agradeceré que colaboréis conmigo en la medida de vuestras fuerzas y olvidéis mi humilde procedencia. El primer disgustado en mandar el Viaje-Sanción soy yo. Me hubiera gustado ser él último de los astronautas.

El “Energ-I” describió una grandísima elipse en torno a Qamezh cuando llegó al planeta, al cabo de escasísimo tiempo. Ni siquiera habían penetrado en la atmósfera que lo envolvía como sutil globo de gasa, pero, no obstante, sentían ya los efectos de la gravedad-más-tres que existía en aquel plateado astro que giraba lentamente debajo de ellos.

-La atmósfera es algo distinta de la nuestra -sugirió el astrofísico-. He hecho dos veces la prueba de Dénexk para cerciorarme. Hay más oxígeno del que estamos acostumbrados, pero creo que no afectará

sensiblemente nuestro metabolismo. Es peor la triple gravedad.

-Por ello pienso acercarme en lo posible a Qamezh, hasta que, aun cuando no hayamos aterrizado, se sienta tanto como si estuviéramos en su superficie.

Wtred, el astrofísico, indicó:

-Esta mañana observé cierto número de ciudades que indican una civilización madura. Se parecen bastante a las nuestras, lo que me hace dudar que sus gentes sean muy distintas a las nuestras.

-Sus gentes, puede que no -objetó Bday, el biólogo-, pero sí sus mentes que no han podido desprenderse del salvajismo que les posee desde el principio de los siglos, a pesar de su aparente civilización.

-Lo razonable es suponer que han encontrado un método de comunicación por medio de una o más ondas radiantes -supuso Golar, el físico-. Si pudiéramos captar y clasificar sus impulsos, podríamos descubrir el patrón de su idioma.

-Aterrizaremos en secreto -decidió finalmente Hjamr, tras larga meditación-, y todo lo cerca que nos sea posible de una de sus ciudades. Esto nos dará tiempo para estudiar su forma de vida y habituarnos a su diferente atmósfera y a su triple gravedad.

Protegido por la obscuridad, Hjamr, seguido por su flotilla, bajó con el “Energ-I”, aproximándose a la superficie de Qamezh, notando la enorme resistencia que ofrecía al avance aquella densísima atmósfera. La astropantalla fue revelándoles imágenes claras de grandes ciudades, brillantes caminos y tierras cultivadas.

-Pues están bastante adelantados -observó con cierta vaga complacencia el biólogo, Bday.

El crucero pasó por encima de una grandísima masa acuática y luego se cernió sobre otra masa sólida. Sus detectores observaron grandes cantidades de masa energética completamente desorganizada y desaprovechada al máximo.

-¡Qué derroche tan bestial! -rezongó Golar, de mal humor.

Continuó bajando, pero de repente algo empezó a zumbar rapidísimamente, llamando al instante la atención de los viajeros del espacio. El indicador titilaba espasmódicamente. Unos y otros se miraron. No creían en su buena suerte.

-¿Será posible...? -susurró Wtred.

-Demasiada suerte -murmuró pensativo Hjamr.

-El primer lugar habitado sobre el que volamos y encontrar a Tlazz.

-¿Cómo no se le habrá ocurrido desconectar la emisión de su lámpara vital? -inquirió Bday.

-Probablemente porque sabe que vendremos por él y no quiere que el suceso le pase desapercibido -sugirió el jefe del Viaje-Sanción.

-Pero así es más fácil descubrirle -exclamó Wtred-. Es una desventaja para él.

-¡Hum...! Ventaja, ventaja... Me gustaría saber de qué parte está la tal palabra -gruñó Hjamr, pero en aquel momento el aparato se tambaleó violentísimamente.

Al mismo tiempo que hablaba, había colocado un Investigador-Localizador delante de la astropantalla. Quería conocer el lugar exacto en que se hallaba Tlazz y en el momento en que lo hizo puso en funcionamiento, poniendo las imágenes dentro del calculador de posiciones, los tubos brillaron y los rayos sondearon el tanque líquido de la memoria. De pronto un cegador fogonazo había invadido el cuarto de mando, la tabla de control del Investigador había estallado, así como los tubos de control, y la máquina quedó destrozada y silenciosa. A pesar de su enorme tamaño, la astronave fue zarandeada de un lado a otro, hasta que se quedó inmóvil.

Bday el biólogo, fue arrojado a un lado, contra un grupo de aparatos que, notablemente más duros que su fusiforme cuerpo membranoso, resistieron. Se deslizó a un lado, quedando inmóvil, en tanto que su grisáceo y viscoso plasma se esparcía lentamente por el suelo,

-No hemos hecho más que empezar y ya tenemos una baja -murmuró irritado Wtred, cuando el equilibrio húbose restablecido, pero en aquel momento el señalador de posiciones de la flotilla comenzó a titilar de un modo escandaloso.

Tres astronaves habían visto el lugar desde el que Tlazz, anticipándose, había comenzado el ataque. Descendieron raudamente, formando ala, mas de repente se fundieron en una inmensa luz esmeralda la que, al desaparecer, no dejó el menor rastro de los aparatos en aquella atmósfera.

-¡Tres naves destruidas! -dijo lúgubremente Golar.

-Y un inhibidor destrozado -musitó, en igual tono, Wtred.

-Un inhibidor no. Todo el equipo completo y con él el Investigador-Localizador, que se ha ido al cuerno -exclamó de mal talante Hjamr quien, al dirigirse hacia los mandos, pateó rabiosamente el suelo. Los cristales crujieron aún más. El pavimento del cuarto de pilotaje estaba hecho una lástima.

De repente la nave aceleró. Sentado ante una inextricable selva de diales, Hjamr la hizo descender, con los ojos fijos en la astropantalla. Había otros medios de hallar al criminal, pero ninguno tan exacto ni tan rápido como el Investigador-Localizador, ahora destruido.

-Usa tu lámpara vital -exclamó Wtred, pero Hjamr meneó la cabeza.

-Imposible. Tendría que sacarla al exterior y antes tendremos que pasar por el período de prueba y aclimatación. Lo que haré es lanzarle un par de descargas Energ-S. Irá un poco al bulto., pero como alcanzaré una zona extensa, estoy casi seguro de alcanzarle.

Pero en aquel momento, en el cuadro de control que estaba lleno de lamparitas que indicaban la posición de las astronaves del Viaje-Sanción, se fundieron dos más de éstas.

-¡Ese bandido sigue liquidando la expedición! -gritó Golar, y una tercera lámpara estalló bruscamente. El “Energ-I” picaba hacía tierra velozmente y cuando Hjamr lo creyó oportuno, apretó un botón. Instantáneamente un kilómetro cuadrado de terreno comenzó a arder violentamente con gran satisfacción de todos.

Pero también, casi en el mismo momento, la nave comenzó a tambalearse estrepitosamente. Sus tres ocupantes, cogidos desprevenidos, fueron lanzados de un lado a otro, golpeándose duramente contra las aristas y salientes, en medio de gritos de dolor y rabia. El cuerpo del muerto Bday rebotó por todos los rincones del cuarto, esparciéndose aún más su nauseabundo plasma. Ahora parecía un gigantesco gusano de seda, vacío por completo de su contenido.

Arrastrándose penosamente, asiéndose a todas partes que ofrecían un mínimo de probabilidades, Hjamr llegó hasta el cuadro de mandos. Enderezó la caída y luego se remontó.

Se puso en pie cuando se estabilizó la astronave y ayudó a Wtred y Golar a incorporarse.

-Suspenderemos por ahora la persecución -dijo.

-Estamos en inferioridad de condiciones y es necesario hacer unas cuantas reparaciones en el “Energ-I”.

Los otros se mostraron, de acuerdo y la astronave ganó altura.

-Con los limitados medios que posee Tlazz no podrá ir muy lejos en Qamesh -continuó Hjamr.

-No nos será difícil hallarle de nuevo.

* * *

En vano se desgañitó Buck por establecer contacto con su jefe.

-¿Qué le ocurre a este trasto? -inquirió de mala gana al hotelero, que habla acudido presuroso al escuchar sus estentóreos gritos-. ¿Por qué diablos no funciona?

-¿A mí qué me cuenta? -respondió de mala manera el hombre-. Hace unos minutos he tenido una conferencia con mi hermano que vive en el Canadá, en Alberta. No es posible que se haya estropeado en tan poco espacio de tiempo.

Buck, ante la expectación de Eugenia volvió a insistir, sin obtener el menor resultado. El auricular estaba lleno de toda clase de ruidos raros y por la pantalla televisora no se veía otra cosa que una serie de bandas grises, blancas y negras que iban alternativa y fugacísimamente de lado a lado del rectángulo de vidrio deslustrado, sin que en ningún momento pudiera fijarse una imagen bien definida. Desesperado, Buck tomó el auricular -era un aparato de tipo primitivo- y estuvo a punto de arrojarlo contra el cristal, pero se contuvo al observar la furibunda mirada del hotelero,

-¿No decía que tenía usted algo con que comunicarse, que no era precisamente un visoteléfono? -le sugirió, no sin cierta ironía, la muchacha.

Buck sacó algo de uno de sus bolsillos, del tamaño de un paquete de cigarrillos. Tenía como dos botoncitos de plástico negro, con unas finísimas estrías en su centro cada uno de ellos, y en la caja se veía

una especie de botón de sintonía con unos números grabados en círculo. Era un aparato transmisor y receptor y los botones el micrófono y auricular respectivamente.

Se introdujo uno en el oído derecho, merced a un delgadísimo hilo que se estiró al salir de su alvéolo en el transmisor. Después de hacer girar el botón hasta ponerlo en el lugar requerido, se metió el aparatito en el bolsillo superior de la americana, quedándose con el diminuto micrófono entre el pulgar e índice de la mano izquierda.

-¡Jefe, jefe! -volvió a llamar. Eugenia y el hotelero le miraban interesadamente. Una expresión de alivio apareció en el rostro de Buck al sentir que, por fin, era correspondida su llamada.

Pero dicha expresión satisfactoria fue substituida por otra de enfado. A pesar de todo, la transmisión no era perfecta...

-¿Qué...? -le respondieron- ¿...dice?

-Escuche, patrón. ¿Ha oído hablar de los crímenes de un loco que mata e incendia cuanto encuentra a su paso?

-... se oye... bien... ¿Cómo dices...?

Como si pretendiera hacerse oír desde el lugar en que se encontraba, Buck gritó desaforadamente. Pero se daba cuenta de que, por alguna razón ignorada, su transmisión era interferida de mala manera,

Continuó dando detalles, exponiendo cuanto sabia, repitiéndolo numerosas ocasiones.

-¿... marciano? ¡... loco... remate!

-¡No estoy loco! ¡Es la pura verdad! ¡He hablado con él y me tuvo prisionero! -se enfureció Buck...

-¡... dormir la borrachera!

-¡No estoy borracho! ¡Es un hombre de Marte y tiene en su poder un arma capaz de destruir al mundo!

-¡Un arma capaz de destruir al mundo! -exclamó el hotelero, visiblemente consternado-. ¿No dirá usted eso en serio, verdad?

-¿Que si es cierto? -intervino Eugenia-. Tan cierto como el sol que nos alumbra y... ¡Oh!

-¿Qué le ocurre? -inquirió en aquel momento Buck, suspendiendo su griterío. Ya empezaba a dolerle la garganta.

-Buck, ese hombre de Marte se quedó con su arma. Hay que arrebatársela o destruirá la Tierra.

El hotelero pensó que iba a volverse loco. Desde luego, aquellos tipos lo estaban con toda seguridad. ¡Hombres de Marte! ¡Destruir la Tierra! ¿No era un poco fuerte la cosa? Para pasar el mal trago, pensó en que lo mejor sería echar uno bueno, y se inclinó debajo del mostrador sacando una botella y bebiendo largamente. Había visto en su vida tipos raros, pero como aquéllos...

-¡Tiene usted razón, Eugenia! -dijo Buck excitadamente-. ¡Voy arriba a cogérsela y...!

Pero en aquel momento se oyó un ruido espantoso en el piso superior. Crujieron maderas y se notó claramente el ruido de tabiques destrozados. Ni el federal ni la muchacha dudaron un solo segundo de que el monstruo había revivido.

Buck agarró a la chica de una mano.

-¡Corramos, Eugenia! -y ya estaba en la puerta, cuando se volvió al hotelero-. ¡Escápese de aquí, amigo, si quiere conservar el pellejo! Y en cuanto pueda avise al F.B.I. Diga que es de parte de Buck O'Hara.

CAPÍTULO VII

Salieron pitando. El coche estaba en la puerta, pero antes de que tuvieran tiempo de alcanzar la portezuela, en el hotel estalló una llamarada y en el mismo momento apareció Tlazz en la puerta, con aquel extraño artefacto en las manos y una demoníaca expresión en su rostro que, deformado por el formidable silletazo, ya no parecía el de Buck.

Tenía los ojos en distinta línea, uno más alto que el otro en tres centímetros al menos; la nariz casi le había desaparecido y la boca se le había alargado por uno de los lados hasta alcanzar casi la oreja. La mano izquierda estaba invertida totalmente, como si fuera un hombre

anormal que hubiera nacido con dos manos derechas, desafiando todas las leyes de la naturaleza,

El coche se había quedado en la otra acera, que ya habían atravesado Buck y Eugenia. Por alguna razón, el ikthariano no usó su lámpara vital, quizá porque necesitaba vivos a aquellos dos terrestres y, a pesar de su superior inteligencia, le era preciso el complemento de dos cerebros inferiores a la suya. Tlazz quiso detenerlos mediante algún dardo mental, pero el golpe también había afectado su cerebro y notó, rabioso, su impotencia.

Exhaló un aterrador gemido que sonó con toda claridad en la concurrida calle. Los transeúntes se pararon de golpe a contemplar aquella espectral figura que logró desviar su atención de las llamas que consumían el interior del edificio y que apenas asomaban aún al exterior. Muchos se detuvieron. Alguno presintió lo que iba a ocurrir y se largó a toda prisa, taconeando aceleradamente.

Tlazz cruzó la calle. Puesto que no podía, de momento, usar su cerebro, su simple fuerza física sería más que suficiente para detener aquellos dos insolentes Menos que habían osado, no solamente desobedecerle, sino golpearle e incluso habían estado a punto de matarle. Todavía le dolía la cabeza y solamente gracias a un pronto y eficaz uso de la gelatina plasmática, repositora de células vivas, se encontraba en situación de actuar de nuevo. Pero las células del cerebro que habían sido destruidas eran mucho más difíciles de reponer que las simples epidérmicas y por ello no coordinaba aún mucho sus ideas, y por ello Buck y Eugenia tenían las manos libres. De momento solamente.

Tlazz estaba ya en el medio de la calzada. La atención de la gente se repartía al cincuenta por ciento entre las llamas y la extraña figura que corría, roncando horrorosamente. Alguna mujer gritó histéricamente, pero su grito quedó ahogado por el ruido de la bocina del coche que avanzaba a más de cien kilómetros por hora.

Al oír la bocina, Tlazz se volvió bruscamente. Quizás en otra circunstancia, el conductor se hubiera desviado o frenado a tiempo. Pero le fascinó el horrible aspecto del ikthariano, aunque él no sabía que se trataba de un ser no nacido en la Tierra. Los ojos de éste, reluciendo, parecían mirar desde él fondo del infierno. La lámpara vital apareció en sus manos, pero ya era tarde.

El coche lo golpeó. Se produjo un ruido espeluznante. Pero aún más horrible fue la forma en que el cuerpo de Tlazz cedió ante el impacto.

No se destrozó, como hubiera ocurrido con el de un hombre corriente.

Tlazz cedió, se flexionó, se plegó, se convirtió en una masa aplastada, dentro de sus ropas terrestres, que colgaba del parachoques del velocísimo automóvil, hasta que cayó sobre la calzada, unos veinte metros más adelante, poderosamente impulsada por la masa de la máquina de cuatro ruedas. Ésta huyó, aumentando más aún su velocidad, con un total desprecio de las leyes de tráfico.

Buck alcanzó a ver la expresión del conductor, durante una fracción de segundo, pero que fue suficiente para advertir la máscara de horror en que se había convertido. No volvió el rostro ni una sola vez.

Entonces Buck se percató de dos cosas, al mismo tiempo. Una de ellas era la lámpara vital, que había caído sobre el pavimento, a unos diez metros del lugar en que ellos se encontraban.

La otra cosa era el montón de ropas que yacían sobre el suelo y cuya forma no era ni remotamente humana.

Las mangas y los pantalones estaban vacíos; el cráneo convertido en una plancha; el cuello formaba un ángulo imposible con el tronco y éste ya no poseía la peculiar forma de cilindro aplanado que corresponde al cuerpo humano: estaba hinchado y más parecía un globo que otra cosa. Latía y se retorcía, como un monstruo amiboideo, dentro de sus vestiduras humanas.

En la calle de la ciudad, que se iba poblando más y más de gente, constituía un espectáculo escalofriante. Las llamas avanzaban continuamente. Aumentaron los gritos. Se oyó a lo lejos el aullido de una sirena.

La masa que llenaba las ropas se retorcía y extendía seudópodos dentro de las vestimentas; la cabeza, deforme y aplanada, giraba sin sentido, locamente; y las mangas y las perneras, vacías, se estremecían y agitaban pavorosamente...

Buck saltó hacia adelante y cogió, con infinito cuidado, la lámpara vital de Tlazz. A pesar de estar éste malherido, se percató de que lo dejaban inerme, pero no pudo hacer nada que no fuera emitir un rugido indescriptible.

Tomó aquel objeto que había servido para tantas cosas y crímenes y procuró evitar el tocar la serie de diminutos diales que sobresalían al final del trozo metálico negro. Aunque había pensado que ya no podría experimentar reacciones violentas, apreció que los

movimientos de la amorfa masa que yacía sobre la calzada, le resultaban intolerables.

Guardó la lámpara vital en el bolsillo. Nadie se atrevió a decirle una palabra y arrancó a toda velocidad. Por instinto evitó atropellar la masa que aún se retorcía -al quitarle el arma lo había aniquilado prácticamente-, no porque le importara matarlo, sino porque le resultaba imposible, repelente, el rozarlo siquiera fuera con las ruedas del coche.

Al alejarse, Buck no pudo evitar el echar una mirada por el espejo retrovisor. Tlazz comenzaba a recuperar su forma humana. Pero apretó el acelerador. Lo único que le importaba era alejarse de allí. Cuanto más lejos se encontrara de él, más difícil le resultaría recibir una orden mental. Junto a él, entre el silbido del viento desplazado por la veloz marcha del vehículo, sintió el castañeteo de los dientes de Eugenia. Pero no rió. Estaba demasiado horrorizado para hacerlo. Lo que le interesaba era ponerse en contacto con sus jefes y entregar el arma, para hacerla llegar a los miembros de la Comisión Nacional de Energía Atómica, para que la estudiasen.

-Lo primero que tenemos que hacer es alejarnos de ese monstruo cuanto podamos. Creo que él era la causa de las interferencias que me impedían comunicar con mis jefes, aunque espero que, por otros conductos, les haya llegado ya la noticia de lo que está ocurriendo. Tlazz carece de su arma y es infernalmente inteligente. Puede ser mortífero, aun desarmado. Pero si en la ciudad han obrado a tiempo, antes de que reaccione totalmente, antes de que recupere toda su potencia, no tenemos por qué temer nada de él. Sin su arma no es más que un bruto de muchísima fuerza, pero la fuerza se domina con un adecuado uso de otra contraria. Nos alejaremos de él cuanto podamos para evitar se nos apodere de nuevo de nuestros cerebros. ¿Entendido?

-¡Okey! -replicó Eugenia, que prosiguió-: Creo que no deberíamos ensayar el arma. No sabemos cómo funciona.

Buck asintió. Como el ikthariano carecía de medida de tiempo alguna, ya se les estaba echando la noche encima. Estaban de nuevo entre colinas y en algunos trozos la autopista tenía árboles.

A la luz del tablero de instrumentos examinó el tubo que tendría unos veinticinco centímetros de largo por seis o siete de anchura. No tenía empuñadura adaptable a la mano humana, pero se comprendía fácilmente que Tlazz hubiera podido utilizar sus manos plásticas -¿con tentáculos?- para manejarla. Al final tenía numerosos botones, apenas

perceptibles, y era evidente que el instrumento actuaba de distinta manera según fuera la presión ejercida sobre las distintas combinaciones de pulsadores.

Se la guardó de nuevo.

-Cuando tenga un momento -dijo-, lo pondré en lugar seguro, para que nadie pueda hacerlo funcionar por accidente.

Se sentían completamente a salvo, pero a Buck un detalle se le había pasado por alto. Un criminal humano, caído de repente sobre una tribu salvaje, dominaría la situación en tanto poseyera sus armas modernas. Privado de ellas, deberla esconderse. El federal, inevitablemente, en sus cogitaciones, consideraba al ikthariano como un hombre civilizado entre bárbaros.

Pero éste no se sentía como un hombre sabio frente a un pueblo primitivo. Él mismo había expresado con claridad su punto de vista. Los había tratado con menosprecio, como si fueran ratas. Y su actitud era la del hombre terrestre con respecto a estos roedores.

Un humano armado, entre ratas, estaría a salvo. Desarmado, no estaría tan seguro; mas no tendría por qué esconderse. Trataría instantáneamente o frenéticamente de recobrar sus armas o de hacer otras nuevas. Como esto, en el planeta que llamaba Qamezh le resultaba imposible a Tlazz, por lo menos con cierta rapidez, debería hacer lo primero, y tal razonamiento, por otra parte, sencillísimo, se le había pasado por alto a Buck, obsesionado con otras ideas, entre ellas la de ponerse en contacto con su jefe y toda la tierra que pudiera por entre medio de ellos y Tlazz.

Viajaron toda la noche hasta que, al fin consideró se hallaban a salvo. El estómago comenzó a repicarles con repetidos llamamientos y en la primera estación que encontraron se detuvieron. Bajaron y ordenaron una buena cena, a pesar de que pronto iba a amanecer, que les fue prontamente servida en una mesita desde la que vigilaban un buen trozo de pista.

Entretanto, Buck comprobó con satisfacción que su transmisor funcionaba perfectamente.

-Calculo que, por una razón u otra, ese hombre interfería mis emisiones.

-No solamente las suyas, sino las del servicio público -observó Eugenia atinadamente, y él sonrió, palmeándole la mano afectuosamente por

encima de la mesa.

-¡Buena chica! -elogió-. Cuando vuelva a España va a tener mucho que contar. ¡Eh...! ¡Oiga, jefe! Escuche, ¿me oye?

-Perfectamente, Buck -sintió éste con toda claridad la respuesta a través del auricular que se había adosado al pabellón auditivo-. Pero, ¿se puede saber por qué me has despertado a tales horas?

Buck se lo contó en pocas palabras, agregando:

-Tengo su arma. Si, no se ría, patrón. Un arma mortífera capaz de incendiar una ciudad a poco que se lo proponga. Y de destruir la Tierra si se empeña.

-¡Buck! ¿Estás loco o has bebido? -le increpó duramente el inspector Donegal, inmediato superior suyo.

-Ninguna de las dos cosas, jefe. Le supongo enterado de los crímenes de esta zona, ¿verdad?

El jefe contestó:

-Sí, claro. Los periódicos y las emisoras han berreado lo suyo.

-Pues me gustaría que usted hubiera visto al asesino, inspector. No es de este mundo. Es... -Buck no encontraba las palabras adecuadas-. Es algo así como un gusano y un pulpo a la vez, y tiene la sangre verde. ¡Uf! ¡Y cómo huele, jefe!

-Buck, si no te conociera diría que te has empapado de literatura fantástica. No puede ser. No concibo un hombre con sangre verde.

-¿Y quién le ha dicho que sea un hombre, inspector? Adopta la forma de un hombre, eso es todo. Cogió la fotografía de mi carnet y con una substancia plástica que se fabricó no sé cómo, se hizo una mascarilla con mi cara. Exactamente un doble mío. ¿Comprende?

-¿Quieres decir que te copió, Buck?

-Eso es. Y, ¡con qué perfección! -hubo de recocer el agente de mala gana. Sonrió a pesar de todo a Eugenia, la cual, como era lógico, solamente escuchaba media conversación: la que profería Buck.

Las palabras del inspector Donegal, naturalmente, no podía escucharlas.

-Está bien, ¿Dónde te encuentras ahora, Buck?

Éste se lo indicó y el inspector, tras unos segundos de meditación, añadió:

-Perfectamente. No te muevas de ahí. Voy a hacer que radien tu fotografía y que detengan a ese individuo.

-¡Oiga! ¿Y si se confunden? Me llenarán el cuerpo de agujeros.

-¡No seas zoquete, Buck! ¿No dices que vas acompañado de una chica?

-¡Y qué beldad, patrón! -susurró, mirando de soslayo a Eugenia, que enrojeció.

-Pues es la mar de sencillo. Ese forajido va solo y por lo tanto nadie te disparará porque la misma muchacha te servirá de salvaguarda, ¿comprendes?

-Sí, inspector, pero, con el fin de que no haya equivocación, voy a pedir un visoteléfono. Así la podrá usted ver y al mismo tiempo hacer que la fotografíen, para que también radien su imagen. ¿Le parece bien?

-Estupendo. A veces creo que sabes usar el cerebro, Buck.

-Sí, sobre todo cuando pienso en lo cascarrabias que es usted -y cortó. Llamó al camarero e hizo que le trajeran un transmisor de imágenes cuya pantalla colocó frente a Eugenia. Obtuvo rápidamente la transmisión y en pocos momentos estuvo conseguido el objetivo, tras lo cual Buck suspiró satisfecho.

-¡Bueno, ya está! -exclamó-. Creo que ya podemos considerarnos a salvo.

Cenaron con tremendo apetito y, tras la última taza de café, se sintieron notablemente confortados. Pero, apenas hablan encendido el clásico cigarrillo de fin de comida, cuando el corazón se les detuvo. La radio vociferaba:

"...El loco criminal, que algunos, tan perturbados como él, suponen procedente de Marte, estropeando su plato volador, atacó al empleado de una estación de servicio Lo estranguló y luego se apoderó de un coche que estaba repostando. El conductor intentó resistirse, pero el demente, con fuerza inhumana, lo tomó por el brazo y le hizo atravesar el cristal, estrellándolo contra el suelo y matándolo en el

acto. Luego subió al vehículo, pero la esposa del muerto logró evadirse, y saltó, profiriendo alaridos de terror. El maniático se dirigió hacia el este, conduciendo como un perfecto borracho. El único testigo viviente, debido a que en aquellos momentos no había nadie más en la estación de servicio, es dicha mujer que afirma que el asesino tiene el rostro horriblemente deformado y que gotas de una substancia verde le corrían a veces por el cuello. Se presume que ahora está armado...”

Buck no quiso oír más.

-Aquí sobramos, Eugenia -murmuró consternado. Arrojó un billete sobre la mesa y tomó el brazo de la chica. Se dirigieron rápidamente hacia la salida en busca de su auto, pero a trescientos metros divisaron las luces de uno que se aproximaba a toda velocidad, zigzagueando de una manera espantosa. Éste frenó, quemando los neumáticos, pero en el mismo momento, el federal puso una mano sobre el hombro de la muchacha, obligándola a agacharse sobre la protección de su coche.

-¡Detrás del auto! -ordenó secamente-: ¡Ya lo tenemos encima de nuevo!

Espió a través de las ventanillas del coche. Una figura bajó del otro, se dirigió hacia el restaurante como si estuviera embriagado, vacilando aparatosamente y se esfumó allí.

Buck miró compungido a Eugenia. ¡Era Tlazz!

Cómo había logrado escaparse, cómo habla logrado recuperar en buena parte su aspecto humano y, sobre todo, cómo había logrado saber la manera de conducir un automóvil, era una serie de misterios que Buck no intentó siquiera descifrar. Pero puso en práctica inmediatamente una idea que se le había ocurrido en aquel momento y que reputó excelente.

Pues, con todo cuidado, salió de su refugio y se acercó al otro coche. Cogió las llaves de contacto y se las guardó. Después volvió hacia el suyo y empujó a Eugenia adentro con suavidad. Cerró la portezuela con extremo cuidado, pero aún no había terminado la acción, cuando Tlazz salió rugiendo enfurecido.

En el mismo instante se oyeron sirenas, gimiendo estremecedoramente en la noche que ya agonizaba. Dos potentes focos aparecieron hacia lo lejos, aproximándose con inusitada rapidez, uno de ellos más adelantado que el otro. Pero Buck no esperó un segundo más, pues de lo contrario habría sido testigo presencial de la manera que Tlazz utilizaba su fuerza en defecto de su lámpara vital.

Se dio cuenta de que había sido desarmado. A pesar de todos sus enormes conocimientos, el poner el coche en marcha sin llave de contacto le resultaba completamente imposible, por lo que optó por otra solución.

Todavía no había frenado la primera motocicleta policial cuando ya había saltado hacia ella. Apenas si los treinta kilómetros por hora que aún conservaba fueron obstáculo para él. Arrojó el vehículo y su ocupante fuera de la autopista, como si se tratara de un cesto de papeles. Se oyeron gritos de pavor y ruido de metales rotos, en el mismo momento en que el otro agente del tránsito se detenía y sacaba su pistola.

Hizo fuego una sola vez, pero con mala puntería. Tlazz, saltando prodigiosamente, se había apoderado de su brazo. El tiro salió alto y a continuación, el motorista continuó su viaje detrás de la bala, cuando Tlazz lo arrojó hacia arriba con suma facilidad. Al caer al suelo desde cinco o seis metros se estrelló con sordo ruido. Luego, el ikthariano saltó sobre la moto y arrancó a fulgurante velocidad, en persecución de los insolentes Menos que habían osado apoderarse de su lámpara vital.

CAPÍTULO VIII

No era una motocicleta corriente aquella de que se había apoderado Tlazz. Más parecía un coche, de no ser por sus dos únicas ruedas, y en realidad, como tal estaba construida.

Una carrocería fusiforme, con la proa extremadamente redondeada para así ofrecer menos resistencia al aire, con la ventana delantera totalmente redondeada y dos más a los lados. El final casi parecía la cola de un pez, con una especie de protuberancia plana que le servía para, ayudándose del aire, obtener una mayor estabilidad, como si fuera un timón rígido. En el tablero de instrumentos, extremadamente sencillo, había una pantallita televisora, conectada a un objetivo situado en la parte posterior y que servía de espejo retrovisor, puesto que para no provocar perturbación alguna aerodinámica en la marcha a gran velocidad, no tenía saliente alguno en el exterior de la construcción. Apenas se detenía era sostenida en equilibrio por un mecanismo automático que extendía dos patillas, con lo cual su conductor se despreocupaba en absoluto de tal trabajo.

En medio de su furia, Tlazz sonrió desdeñoso; aquellos Menos que poblaban a Qamezh, no dejaban de ser ciertamente ingeniosos en algunos aspectos, pero el mismo vehículo que montaba ya era de una especie tan atrasada que apenas él si conservaba algún recuerdo de sus estudios primarios. Creía haber visto algo parecido cuando era pequeño en los films que les proyectaban para darles grabados por medio de la instrucción hipnopédica, pero… ¡hacía ya tanto tiempo de aquello! Casi la estaba conduciendo por instinto.

También carecía de la medida de la velocidad terrestre. Por ello embaló a todo gas, velocísimamente con gran indignación de cuanto automovilista pasaba o se cruzaba en su loco deseo de alcanzar a aquellos dos seres que se habían atrevido a despojarle de su lámpara vital. Su cerebro estaba notablemente afectado por los golpes recibidos y hasta que no se repusieran totalmente las células destruidas, con las cuales trabajaba la gelatina plasmática que se había autoaplicado, no podría establecer un contacto mental eficiente que le permitiera detener a Buck y Eugenia. Y menos mal, se dijo, que a pesar de todo, la ilación con los cerebros de los dos subsistía en parte. Muy débil, si acaso; insuficiente para hacer algo efectivo, pero sí lo bastante para no perder el leve nexo de unión.

A pesar de ser de noche la carretera aún estaba muy concurrida. Tlazz recordó de pronto que los policías se habían aproximado a la estación de servicio haciendo sonar un aparato que producía ruido y que apartaba los coches automáticamente. Tanteó hábilmente los controles y pronto halló un interruptor que oprimió decidido. El amargo y profundo gemir de la sirena se elevó en la atmósfera, haciendo detenerse a unos y apartarse apresuradamente a los otros. Tlazz se dio cuenta instantáneamente de las facilidades que encontraba y aumentó a tope la velocidad, hasta que la motocicleta no dio más de sí, después de lograr una marcha endiablada.

Y Buck, que conducía el coche, se dio cuenta de que aquel sonar de la sirena no podía ser producido por otro que por el ikthariano y también aumentó el gas al coche, con lo que la distancia quedó igualada por unos momentos. Tlazz lo apreció así y rugió apagadamente. Lamentó no disponer de tiempo. Con unos pocos minutos que hubiera tenido hubiera introducido unas sencillas modificaciones en el motor del pequeño vehículo y le habría sacado un cincuenta por ciento más de rendimiento. Pero no podía y se limitó, impotente, furioso, a apretar la palanca de gas a fondo, sin conseguir nada práctico. Los trescientos kilómetros horarios no podían ser ya rebasados en manera alguna.

En aquel momento sonó una voz dentro de la motocicleta. Tlazz lanzó un grito de rabia al comprender que la radio estaba dando órdenes para su captura.

-...y el desconocido criminal arrojó, con fuerza increíble, una motocicleta policial, con su ocupante dentro, a veinte metros de distancia, causándole graves heridas. Es de esperar que el valiente guardia se reponga pronto, así como su compañero quien, no menos decidido, intentó hacer fuego contra el loco forajido, impidiéndoselo éste, por haberle arrancado de su vehículo, lanzándolo al aire y estrellándolo contra el suelo, en el que quedó examine. Los médicos confían en salvar su vida...

...a continuación, el demente asesino, cuyo nombre continúa ignorándose, se apoderó de la motocicleta y huyó a toda velocidad...

...se ruega a quienes se crucen con él, si lo ven llegar con anticipación, coloquen su coche de través en la carretera con objeto de detenerlo. Les serán recompensados los daños y...

Tlazz comprendió la argucia de las autoridades. Pero tarde ya, porque un valiente conductor de camión había oído la radio y estaba maniobrando apresuradamente el pesado vehículo para obstruir la carretera, totalmente, porque disponía de dos remolques.

Quemó las gomas Tlazz al frenar en poquísima distancia. Escapó por milímetros de un desastre total al evitar el choque con los vehículos que ocupaban todo el ancho de la autopista y, convencido que, de momento no podía seguir con la motocicleta, saltó de ella. Emitió su característico rugido cuando abandonó el vehículo.

También salieron el conductor y su ayudante.

Eran unos tipos duros, decididos y, como refuerzo, llevaban el primero una pesada llave inglesa de aterrador tamaño, y el segundo un martillo de idéntico aspecto. Se dirigieron hacia Tlazz.

-¡Eh, usted! ¡Entréguese y déjese de seguir cometiendo más crímenes!

El ataque del ikthariano fue fulminante. Los dos hombres no esperaban siquiera aquello ni aunque hubieran supuesto una endiablada agilidad en su oponente. Pero es que Tlazz era el movimiento puro, y así se convirtió en una marcha obscura cuando saltó hacia el chófer, cuyo brazo armado de la llave se convirtió al instante en un retorcido sacacorchos, en medio de los alaridos de dolor de su maltratado propietario, que atronaron el espacio.

Su ayudante golpeó a Tlazz con el martillo, pero bastó un leve revés con el brazo para arrojarlo a un lado. Y en tanto, el criminal concluyó su obra.

Los gritos de dolor y pavor del conductor cesaron instantáneamente, cuando un apagado crujido pudo percibirse con toda claridad. La espina dorsal se quebró tan fácilmente como si hubiera sido una frágil caña, porque Tlazz lo dobló hacia atrás en un increíble ángulo recto. El fláccido cuerpo cayó al suelo arrasadamente.

Pero el ayudante era un tipo valiente y no se arredró por la espantosa escena que acababa de presenciar. Se incorporó de nuevo y se abalanzó sobre Tlazz, enarbolando el martillo.

No pudo conseguirlo: un espeluznante aullido sonó cuando Tlazz, asiéndole de la mano, tiró de ella con fuerza. Se la arrancó literalmente, convirtiendo en un sangriento muñón el antebrazo del hombre, cuyo dolor le obnubilaba ya la razón y luego, asiendo conjuntamente mano y martillo, abatió éste sobre la cabeza del infeliz con poderosísima fuerza, abriéndosela como si fuera una granada madura. Chasquearon trágicamente los huesos y el hombre se derrumbó. Tlazz arrojó su "arma" sobre el cuerpo ya inmóvil, tremendamente sangriento, que constituía un macabro espectáculo. Luego, viendo que todavía estaba bloqueado el paso, saltó por encima de uno de los remolques con agilidad más que felina.

Había varios coches allí, que se acababan de detener, sorprendidos por los tres carruajes que obstruían la autopista. Apenas habían comenzado a hacer sonar sus claxons para pedir vía libre, cuando el iktthariano saltó a aquel lado.

Se dirigió hacia el primer auto que encontró. Quiso abrir la portezuela, pero tiró tan fuerte de ella, que se le quedó en las manos. Arrojóla a un lado con furia y se metió dentro. El indignado automovilista recobró el habla.

-¡Bestia! ¡Salvaje! -gritó excitadamente-. ¿Quién se ha creído usted...? -pero calló al instante cuando un manotón de Tlazz le redujo la cara a una pulpa roja y la mente al estado de inconsciencia. Lo extrajo del interior y él también salió, para arrojar aquel cuerpo exánime sobre uno de los coches más cercanos. El desmayado automovilista perforó el parabrisas como una bala, sembrando el terror entre los ocupantes del otro vehículo.

Hecho esto, Tlazz se sentó ante los mandos del auto a cuyo propietario

acababa de hacer un despojo tan contundente. Con absoluto desprecio para todas las leyes de la mecánica, lo puso en marcha y giró violentamente, arrancando con terrible furia, Solamente habían transcurrido unos pocos minutos más, no obstante, había perdido un tiempo precioso.

Chocó contra un par de automóviles más al hacer una maniobra tan irregular. Sus ocupantes se largaron de allí más que aprisa, aullando empavorecidos, y diez segundos más tarde, Tlazz había encontrado libre la carretera, por la que se precipitó a una velocidad de vértigo.

* * *

Cuando oyeron mencionar el lugar de la última tragedia, Buck y Eugenia se espantaron. El primero, porque, de haberse tratado de un ser humano, no hubiera vacilado en hacerle frente, aun hallándose desarmado. La muchacha, porque se daba cuenta de que, incluso para los Estados Unidos, aquello iba siendo ya demasiado.

Continuaron corriendo. El alba ya palidecía frente a ellos. De vez en cuando, Buck se ponía en contacto con su jefe, especialmente cuando se desviaban por algún cruce de carreteras para eludir la persecución de Tlazz, y le informaba de su posición. El inspector Donegal ya estaba en marcha, con un rápido helicóptero de gran tamaño y agentes y armas suficientes para capturar al hasta ahora inalcanzable hombre de Marte.

Pero, como tenían la radio conectada, se enteraron de los nuevos desastres que acontecían a sus espaldas. Por las informaciones se dieron cuenta de que, inexorablemente, Tlazz continuaba su persecución y había hecho, sin cometer el más mínimo error, cinco cambios seguidos de ruta. Buck ya estaba dolorido de tanto manejar.

-¿Como podrá hacerlo? -inquirió ella, tras un largo lapso de consternado silencio, que había seguido a la última y desconsoladora información radiada,

-Probablemente porque aún continúa en contacto mental con nosotros, bien que éste sea tan débil que no alcance a ordenarnos nos detengamos -explicó Buck.

-¡Hum...! -musitó ella-. Es una suposición un tanto aventurada, Buck.

-La única sensata -repuso el federal.

-¿Tiene usted algo en qué fundamentar su afirmación?

-Me he dado cuenta de que, cada vez que he tomado un desvío, he sentido como una especie de jaqueca que me ha durado un par de minutos. Es evidente que Tlazz hacía esfuerzos por seguirnos con su cerebro y las ondas que emitía se reflejaban en el mío; no con la suficiente fuerza para impresionarme demasiado, pero sí con la precisa para no despistarse de nosotros ni un milímetro.

Calló el agente, atento a la conducción del coche, y Eugenia le imitó. Pero de repente avistaron un grupo de gente reunida en torno a un coche. Era evidente que escuchaban noticias.

Frenó Buck, inquiriendo detalles que se los dieron gustosamente. Volvió pensativo al coche y, de repente, su vista, se fijó en algo que había a un lado de la carretera.

-¡Tengo una idea! -exclamó, y salió de nuevo del automóvil, dirigiéndose a la trasera, en la que hurgó hasta encontrar unos alicates.

Caminó hasta la cerca que allí había, de la que cortó un trozo de alambre de unos tres metros de longitud, que luego subdividió en varios fragmentos de cincuenta centímetros de longitud aproximadamente. Cogió uno y comenzó a arrollarlo cuidadosamente en el artefacto infernal que arrebatara a Tlazz.

-Vamos a ver si le serramos las astas al toro -dijo, usando una frase harto gráfica.

Procuró que el alambre no tocara aquellos botones de control, y lo colocó de modo que pasara entre los intervalos. El grueso del hilo metálico era de unos cinco milímetros, de modo que sobresalía por encima de aquellas leves protuberancias que eran los mandos de la lámpara vital, y así el siguiente pedazo de alambre pudo pasar por encima de ellos.

Quince minutos más tarde, el mortífero cilindro estaba sumergido en una inextricable red de alambres, que lo hacían desaparecer casi totalmente.

-Suponiendo que logre apoderarse de él, ¡menudo trabajo va a tener para desenredar este lío! Y todavía no está hecho todo. Aguárdeme aquí, Eugenia.

Ella se inclinó hacia adelante, tomándole una mano. Le miró profundamente a los ojos.

-No tarde mucho... Por favor, Buck.

Las palabras de la chica le hicieron sonreír.

-No tema. Esté tranquila. ¿Teme...?

-Sí -dijo ella de un modo tal que el corazón del federal comenzó a saltar aceleradamente dentro de su pecho. Se volvió rápidamente y se metió dentro de la estación de servicio, para volver a salir media hora más tarde con una caja rectangular, metálica.

Se la enseñó a Eugenia, que había respirado cuando tuvo a Buck de nuevo a su lado, y ella le miró a los ojos, inquisitivamente.

-Está aquí dentro -se refería al artefacto de muerte-. No hay ninguna abertura y la chapa es de cuatro milímetros de grueso. De modo que podemos considerarnos a salvo. Le sería muy difícil abrirla sin más que los dedos por mucha fuerza que tenga, Y eso le entretendría bastante para que pudiera ser destrozado o capturado sin más dificultades.

-¿Continuamos, Buck? -sonrió ella. Le agradaba cada vez más el resuelto aspecto de su compañero de fatigas.

-Sí -pero no llegó a dar el contacto. Sintió una llamada en su transmisor individual y se lo colocó de modo que pudiera sostener una conversación con su jefe.

-¿Dónde te encuentras, Buck?

Se lo dijo éste. El inspector Donegal continuó:

-Bien. Estamos siguiéndole la pista a ese loco maniático, por medio de todos cuantos puestos de control atraviesa y a los que les hemos dicho les dejen el paso libre.

-¿Cómo? -saltó en su asiento el federal al oír estas palabras de su jefe.

-Sí, hijo, sí. Lamento decírtelo, pero estáis haciendo tú y la muchacha de cebo.

-¡Hombre! -replicó Buck, indignadísimo-. Pues no me hace maldita la gracia...

-Es necesario, para evitar más catástrofes. Compréndelo. Por lo visto está emperrado en daros alcance.

-¡Y tan emperrado! Como que le hemos quitado los dientes. Su arma está en nuestro poder y si logra recuperarla, ya puede ir usted leyendo el Apocalipsis de San Juan, porque así se hará una pálida idea de lo que puede ocurrir a nuestro planeta.

Buck continuó explicándole todo con gran lujo de detalles, hasta que el inspector se enteró de la cuestión a fondo, y el primero preguntó, cuando hubo acabado:

-¿Cómo es que saben en los controles que se trata de él? Porque, cuando menos una vez, ha cambiado de vehículo, y supongo que seguirá haciéndolo siempre que pueda. Aparte de que, siendo como es, infinitamente listo, es muy probable que haya cambiado de fisonomía, al ver en la pantalla de los aparatos la suya televisada.

-Hay un medio infalible que nos denuncia su paso, aun ignorando que se trata de él, y ese medio es un vulgar y sencillo contador Geiger.

-¡No me diga, inspector! ¿Qué tienen que ver los Geiger con ese criminal? -Buck no lo acababa de comprender.

-Eso es lo que yo quisiera saber, pero el caso es que lo supimos por casualidad cuando alguien lo hizo funcionar fortuitamente en un control. Un viejo buscador de uranio que quería hacer una demostración a unos paletos. Resultado: el Geiger funcionó solamente durante aquel momento; pero en todos los controles que se proveyeron de un detector, éste chilló hasta casi romperse cuando el asesino pasó por delante de él,

-¡Ahora lo comprendo!

-¿Qué es lo que comprendes, Buck?

El agente miró hacia la muchacha:

-¿Recuerda usted las fotos que obtuvo de Tlazz, Eugenia?

-Sí, claro. Se velaron todas, aunque no sé...

-Yo sí, Eugenia. Escuche, inspector -Buck se dirigía de nuevo a su jefe, pero la muchacha le oía perfectamente-. Ese individuo está fuertemente radiactivado. La señorita Sánchez lo fotografió, pero los negativos se ennegrecieron debido a las radiaciones que emite su

cuerpo.

Eugenia abrió mucho los ojos. La explicación era absolutamente lógica, pero un individuo con tal cantidad de radiactividad dentro de su cuerpo no podía vivir mucho. A no ser que aquélla fuera su constitución específica, se dijo, lo que muy bien podía ser tratándose de un hombre de otro mundo, cuya morfología ignoraban total y absolutamente.

Buck terminó de hablar con su jefe y arrancó, pero apenas habían recorrido unos kilómetros cuando recibió un nuevo aviso de su jefe:

-Desvíate por el próximo cruce hacia el S. E. Sigue así hasta que te lo ordene.

-Está bien, inspector.

El cruce estaba a dos millas de distancia y Buck viró con el coche, pero apenas habían recorrido otras dos, cuando daban vista a un verde valle, a la mitad de cuya altura se encontraba la autopista, cuando un automóvil, zumbando a todo motor se les echó encima. Su conductor maniobró de tal modo que Buck se vio obligado a frenar para no arrojarse contra el talud de la derecha y, apenas lo había hecho, cuando Tlazz, reluciéndole los ojos como si fueran dos lámparas de incandescencia, saltó del suyo.

Eugenia tuvo suerte, porque se desmayó. Se evitó más sustos. En cambio, Buck saltó también del coche, aunque estaba seguro de que iba a enfrentarse con la muerte. En la mano derecha llevaba la caja que contenía el artefacto, el cual, para mayor seguridad estaba envuelto en trapos que le impedían moverse demasiado en su interior.

No tuvo tiempo de hacer el menor movimiento de resistencia. Rugiendo como un bárbaro, Tlazz saltó sobre él y le arrebató la caja, dándole un fuerte golpe que lo derribó contra el auto. Buck vio todas las estrellas del firmamento en pleno día, pero a pesar de ello, conservó el conocimiento, y sus oídos padecieron cuando Tlazz se dio cuenta de la argucia del Menos que se había burlado tan desconsideradamente de él. Sus fuertes dedos arrugaron la caja, pero sin lograr violar las fuertes soldaduras.

Una diabólica expresión animó su horrible rostro, que no había sido todavía reparado en sus deformaciones. Buck, como buen irlandés, encomendóse en sus últimos instantes, así lo creía él, a San Patricio, pero en el preciso momento en que Tlazz extendía sus brazos para destrozarle, se oyó un sordo zumbido, que hizo que el ikthariano

volviera rápidamente la cabeza.

Y a continuación las espaldas porque, como si se hubiera sentido repentinamente aterrorizado, corrió hacia su coche y arrancó con toda la potencia del motor.

CAPÍTULO IX

Buck se quedó viendo visiones cuando en sus retinas apareció la imagen de un aparato volador de una forma rarísima, jamás supuesta por él. Era de forma ovular, pero muy plano y su mente forjó la idea de que estaba viendo aterrizar un legítimo plato volador, cuyos escapes producían aquel sordo zumbido que había espantado a Tlazz, quien por cierto, se había perdido ya de vista.

Tan extrañado como el federal estaba el capitán Dick Walters, que mandaba la compañía "D", del Decimoctavo Regimiento Acorazado. Pero éste carecía de imaginación, por lo que, suspendiendo al instante el ejercicio táctico que, dentro del plan diario de entrenamiento, estaba realizando con su unidad, ordenó radialmente cercar aquel aparato. En su código de identificación de aparatos volantes, que había hojeado frenéticamente, no aparecía ninguno semejante a aquél que estaba ya chamuscando la hierba del suelo al posarse en él.

De modo que cinco minutos después, veintiún poderosos carros de combate formaban un férreo e intraspasable círculo alrededor del aparato de Hjamr quien, por la astropantalla observaba cuidadosamente todas las reacciones de sus supuestos, y a poco que se descuidase, ciertos enemigos.

Hjamr comprendió que los terrestres, así había aprendido que se llamaban, después de largos estudios de su idioma, impedirían que se apoderase de Tlazz, después de haberlo tenido casi al alcance de su mano. ¿Cómo podría hacerlo, sin riesgo para ninguno?

No quería hacer mal a nadie. Comprendía perfectamente que la actitud de aquellos vehículos blindados era más preventiva que ofensiva y por ello se abstuvo de usar sus poderosas armas que, de haberlo deseado, los hubieran reducido a cenizas en unos pocos segundos. Pero, sin embargo, tenía un problema a resolver, y tenía

que hacerlo allá mismo. No unos metros más cerca ni más lejos, sino en aquel mismo lugar, porque las averías que le causara Tlazz con las descargas emitidas por su lámpara vital habían sido de más importancia que pensara en un principio, y el Energ-I no podía volar gran cosa, por el momento.

Insertó el problema en la Resolutora y la máquina, le respondió proponiéndole un plan esquemático e indicándole debía establecer en torno al Energ-I, como asimismo sobre su persona, si salía al exterior, una red neutralizadora de los proyectiles que pudieran disparar los habitantes de Qamezh. Igualmente, y por el mismo conducto, supo que Tlazz había recuperado su arma, pero que, falto de medios adecuados para poder destruir la protección que uno de aquellos terrestres había establecido en su torno, estaba prácticamente desarmado. Su descripción circulaba por todo aquel país. De modo que, en cuanto reparase las averías de los diales destrozados podría dedicarse de nuevo a la busca de Tlazz, y esta vez con mayor seguridad, puesto que el haberse llevado consigo la lámpara vital era un indicio insuperable, cuya detección sería facilísima con el Registrador de posiciones de a bordo.

Pero una de las primeras cosas que debía hacer era salir al exterior y comunicarse con aquellos habitantes de Qamezh, cuyas reacciones psíquicas no podía prever totalmente y, si bien ahora parecían pacíficos, podían disparar sus armas contra él. No le harían nada, pero le obligarían a contestar y no quería causar ningún daño a nadie, en tanto le fuera posible.

Buck se dio cuenta de que Eugenia se había incorporado, recobrada de su desmayo.

-¡Cielos, Buck! ¿Qué es aquello? O, ¿estoy todavía sin conocimiento?

El federal no desaprovechó la ocasión que se le ofrecía de hacer un chiste fácil:

-¿Acaso lo tuvo alguna vez?

Eugenia, furiosa, le sacudió con el bolso, pero él esquivó fácilmente. Luego dijo:

-Venga conmigo -y la tomó de la mano, echando a correr por la ladera herbosa, llegando al cabo de pocos minutos al círculo de carros de asalto que, al igual que el plato volador, permanecían absolutamente inmóviles, pero con todos sus cañones cargados y apuntando firmemente al mismo punto, con el índice en el disparador sus

sirvientes, listos para hacer fuego apenas recibieran la primera orden.

El capitán Walters se dio cuenta de la osadía de aquella pareja y saltó de la torreta de su carro, yéndose como una bala a su encuentro:

-¡Qué hacen aquí? ¡Lárguense y no sean inconscientes! Acaso esto se convierta en un infierno dentro de unos pocos minutos. ¡Váyanse!

Pero Buck no obedeció:

-Creo -empezó a decir-, que mi ayuda va a serle inapreciable, capitán. Pertenezco al F.B.I. y, aunque estaba de vacaciones, no he podido evitar el verme metido en este lío.

Se lo explicó en pocas palabras, terminando:

-Así, pues, tenga mucho ojo y procure andar listo. Si los ocupantes de ese aparato son amigos del otro, va a haber mucho jaleo aquí antes de lo que se espera.

-¿Qué me aconseja usted que haga, agente? -Walters se rascó la cabeza, dubitativo.

Pero Buck no tuvo tiempo siquiera de hablar. Un grito unánime salió de las torretas de los carros, encaramados en las cuales estaban sus sirvientes y aquello les hizo volverse rápidamente. Walters agitó los brazos como indicándoles calma, y luego apreciaron algo increíble.

Un sector ovalado del aparato espacial se estaba volviendo translúcido. Aquel trozo de metal pareció convertirse en vidrio y luego, al cabo de escasos segundos, éste desapareció totalmente, dejando ver en su lugar un negro hueco, a cuyo pie comenzó a arrugarse aquel extraño metal, pero de una manera completamente regular, formando una especie de escalera que llegaba hasta el suelo. Y luego salió un hombre.

-¿Será posible? -murmuró, tan asombrado como espantado, el capitán Walters-. ¡Marcianos!

-Usted lo ha dicho, capitán -sonrió satisfecho Buck, porque aquello que estaban viendo era nada menos que la confirmación de sus teorías. Hombres de otro mundo acababan de llegar por primera vez a la Tierra.

Seguido de dos seres más, Hjamr bajó al suelo por la escalera, notándose muy pesado a causa de la gravedad + tres que había en

Qamezh. Y tanto Buck como Eugenia y el capitán, como el resto de los soldados carristas, pudieron examinar a su sabor a los recién llegados.

Uno de ellos, el único que tenía figura humana y gallarda ciertamente, vestía un traje de vivísimo color amarillo de una sola pieza. Uno de sus brazos estaba cubierto de una serie de extraños signos grabados en negro, y llevaba un cinturón del mismo color, del que pendía un artefacto idéntico al que Buck viera en manos del asesino. Los otros dos...

Parecían un sueño de algún dibujante enloquecido. Una imposible pesadilla. El que marchaba detrás de Hjamr parecía un reptil, con ojos circulares, saltones; con dos orificios diminutos en el lugar de la nariz y una boca que no era más que una raja que le llegaba de oreja a oreja, es decir, a los lugares en que un hombre las hubiera tenido. Sus manos y pies eran también reptilescas, unidos sus dedos por una membrana, y todo aquel estremecedor conjunto estaba cubierto de pequeñas escamas verdes, que exudaban continuamente un nauseabundo líquido espeso, del mismo color y que exhalaba un repelente olor que hería el olfato de los terrestres de mala manera.

El tercer marciano, en fin, era la negación absoluta de toda forma humana. No anduvo para bajar al suelo. Solamente se deslizó y no podía hacerlo de otra manera porque no era más que un gigantesco gusano, de color entre pardusco y marrón, formado de infinitos círculos, que repelían por la blandura que se les adivinaba. Apenas si, en su parte superior le salían media docena de delgados filamentos, que Buck supuso serían sus tentáculos externosensoriales.

La comitiva se detuvo a pocos pasos del federal y sus acompañantes. Éstos vieron que uno de ellos alzaba la mano, con la palma hacia fuera.

Hjamr se dio cuenta de que la comunicación le iba a ser imposible. Por lo tanto dedicó tres de sus circunvoluciones cerebrales a los tres naturales de Qamezh y exclamó:

-¡Salud, qamezhianos! Hjamr, jefe del Viaje-Sanción, os saluda.

Walters tragó saliva. ¡Había percibido con toda claridad, aunque en el interior de su cerebro, las palabras de aquel ser extraterrestre! Pero, tanto Buck, como Eugenia, permanecían tranquilos. Ya conocían de sobra aquella forma de comunicarse, y el federal se apresuró a responderle:

-¡Salud, Hjamr! Yo soy Buck, esta es Eugenia y aquél es... ¿cómo se

llama, capitán? Ande, dígaselo; no se lo va a comer.

-Wa... Walters -contestó el militar con apenas un hilo de voz.

Hjamr sonrió. Le agradaban aquellos qamezhianos. Tenían unos cuerpos y rostros agradables.

-Mis compañeros se llaman Wtred y Golar -dijo, y luego se acercó a la muchacha, tomando una de sus manos entre las suyas. Al pronto Eugenia retrocedió instintivamente, pero se tranquilizó. El contacto la infundía un ánimo del que había carecido hasta entonces, a pesar de la compañía de Buck.

-No temas -sonrió nuevamente-. No venimos a haceros ningún daño. Solamente...

Pero Buck le interrumpió:

-Ya sé qué es lo que os trae de Marte aquí -dijo-. Venís en busca de un tal Tlazz, ¿no es así?

Hjamr abrió mucho los ojos:

-¿Cómo lo sabes?

-Me lo dijo él -respondió el federal. Los ojos, desorbitados, del capitán Walters, no cesaban de ir de uno a otro interlocutor, mas la conversación se interrumpió, porque un helicóptero irrumpió sobre ellos, tomando tierra en un inverosímil espacio de terreno. El inspector Donegal, seguido de unos cuantos de sus hombres saltó de él y corrió velozmente hacia el extraño grupo, quedándose como fulminado cuando vio los horribles seres que no eran nacidos en la Tierra.

-¡Bondad de Dios! -exclamó-: ¿Quién diablos son... “ésos”, Buck?

Se lo explicó pacientemente éste, concluyendo:

-Vienen a buscar al criminal, cuyo nombre, para que lo sepa, es Tlazz, jefe.

Se engalló el inspector:

-¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡Pues no faltaría más!

Hjamr no había establecido contacto telepático con Donegal, por lo que requirió los servicios de Buck para saber lo que decía éste. No

quería gastarse más y, cuando la negativa del jefe de los federales, frunció el ceño.

-Dígale que antes que aquí, Tlazz cometió un crimen horrible en Ikthar y que debo capturarlo o matarlo. Ese hombre es mío y, si consigo cogerlo vivo, se vendrá conmigo. De lo contrario morirá aquí.

-Ni una cosa ni otra -refunfuñó ásperamente Donegal cuando se enteró de las pretensiones de Hjamr-. Estamos en la Tierra: en los Estados Unidos, y ese loco criminal debe ser juzgado con arreglo a las leyes del lugar en que ha cometido sus crímenes. Es nuestro y no dejaremos que nada ni nadie nos lo arrebate. Y mucho menos matarlo, si no es absolutamente necesario. Debe comparecer, a ser posible, ante un juez y un jurado que decidirán sobre la pena a imponerle.

-Tlazz se vendrá con nosotros. Lo quieran ustedes o no lo quieran -repuso Hjamr firmemente-. No ha nacido en la Tierra y por lo tanto no debe ser juzgado aquí. Por otra parte, pueden tener la seguridad de que será castigado en nuestro planeta.

-¡Tonterías! -bufó Donegal-. Solamente es un subterfugio para llevárselo y luego soltarlo sin el menor daño físico. ¡No lo consentiré! ¡Capitán! -se volvió hacia Walters-. Ordene a sus hombres que hagan fuego si estos hombres intentan el menor movimiento.

Buck se metió por medio:

-Jefe, usted no sabe lo que dice. Si Hjamr o como se llame quiere, usted, nosotros, hasta los tanques, desapareceremos sin darnos cuenta.

-¡Paparruchas! -farfulló el inspector-. No creo que ese trasto resista unos cuantos cañonazos bien dirigidos. De momento, como han infringido la ley de inmigración...

-¡Por el amor de Dios, inspector! ¿Va a sacar a relucir esos tiquismiquis leguleyescos ahora? ¡Qué demonios saben estos marcianos de leyes de inmigración ni otras zarandajas semejantes! No haga el ridículo, se lo ruego. Busquemos una solución viable.

Hjamr miró con intensa simpatía a Buck:

-Me parece que tú -y la señorita-, sois los únicos con cerebro en todo este lugar. A pesar de ser un Menos, razonas bastante bien. Dile a tu jefe que si se pone pesado lo destruiré. Y a esos horribles vehículos con cadenas también.

-¡Ah! -irrumpió en la conversación el capitán, próximo-. ¡Estad preparados para hacer fuego en cuanto lo diga!

-¿Hacer fuego? -murmuró irónicamente Hjmar-. ¡Bah! ¡Pobres armas! ¡Mirad y aprended de nosotros!

Antes de que tuvieran tiempo de apercibirse, empuñó su lámpara vital, que enfocó hacia aquel carro. Un rayo finísimo de brillante e insoportable luminosidad salió de él, contactando con uno de los sistemas de oruga, que comenzó a fundirse como si fuera de blanda cera. El acero, al rojo blanco, se derramó por el suelo, quemándolo y calcinándolo, de modo que el acre humo se elevó en la atmósfera, haciendo toser y estornudar a todos. Los aterrados tripulantes del carro saltaron fuera con toda la velocidad que les permitían sus piernas y Hjamr, implacable, continuó hasta que la fusión comenzó a propagarse al resto del carro.

Pero entonces una idea devastadora, espeluznante, cruzó por la imaginación de Buck, llenándole de horror. Porque se dio cuenta de que Hjamr ignoraba por completo lo que había dentro del carro que se estaba fundiendo completamente. Y nadie había parecido reparar en el detalle.

-¡Las municiones! -gritó frenéticamente-. ¡Van a estallar!

-¡Corran! -aulló Walters, dando el ejemplo.

No se lo dio a Buck porque ya había asido la mano de la muchacha y tiraba de ella con toda la fuerza que le infundía la desesperación. Rodearon el disco volante, puesto que era la única protección segura con que contaban en aquellos momentos y no habían terminado de hacerlo cuando comenzó la traca.

En verdad que parecía un castillo de fuegos artificiales el carro al reventar al impulso de la pólvora de sus municiones inflamada por el tremendo calor desarrollado por la fusión del metal. Fragorosas detonaciones resonaron en la clara atmósfera de la mañana, desgarrando agudamente los tímpanos. La trinchera que era el aparato interplanetario resistió perfectamente, pero hubo alguien a quien alcanzaron los terribles efectos de las explosiones ininterrumpidas, que solamente cesaron cuando se agotó la cartuchería de cañón y ametralladora del carro fundido.

Fue Golar, el gusano. Podría ser un físico notable, capaz de dar ciento y raya a los mejores especialistas de la Tierra, pero como caminante era una nulidad y por ello un trozo de plancha al rojo vivo lo alcanzó,

segándolo por la mitad. Los dos trozos resultantes se retorcieron espasmódicamente, dejando salir su plasma grisáceo, pero se quedaron quietos muy pronto.

Cuando el trueno de la pólvora quemada se pasó, el capitán Walters exclamó una sola palabra:

-¡Cáscaras! -y con ella resumía todo el asombro que le poseía.

Aparte del destrozo y del cráter abierto en la tierra, dos carros más, aquellos inmediatos, aparecían volcados sobre sí mismos, y sus ocupantes salían a gatas, muy asustados. Alguno de ellos miró al tanque y luego se alejó de él a toda prisa, aprensivamente, como si lo ocurrido fuera obra del diablo.

Hjamr miró fríamente el repugnante cuerpo de Golar, partido en dos. No demostró ninguna señal de duelo o afectación por lo sucedido. Solamente dijo:

-No quiero causarles ningún perjuicio; solamente demostrarles lo que pueden nuestras armas.

Sonrió en tanto manipulaba por segunda vez su lámpara vital, de la que salió un chorro de algo que parecía vapor helado y que se encaminó hacia algunas de las planchas del carro reventado y que todavía quemaban. Entonces sucedió algo fantástico. Lo contrario de lo anterior.

¡Se helaron en poquísimos segundos!

Una espesa capa de hielo las cubrió. Un hielo sólido, transparente, y, al parecer, durísimo e inatacable. Hjmar continuó con uno de los tanques volcados e inutilizados y fue obra de unos diez minutos, diez minutos que transcurrieron tan aprisa como si hubiera sido uno solo, el dejar el artefacto sepultado bajo un vítreo bloque, absolutamente transparente, que dejaba ver bajo él la masa férrea reducida a la impotencia.

-Y bien, ¿qué piensan hacer ahora? -sugirió Hjamr.

-No cederé ni un ápice... -comenzó a decir furibundamente el inspector, pero Buck, sin el menor respeto a la categoría, le aplastó uno de sus pies, reduciéndolo al silencio.

-Tus armas son muy fuertes, Hjamr; pero has de comprender que una decisión como la de abandonar la caza de ese criminal no la podemos

tomar por nosotros mismos. Hemos de consultar con nuestros superiores y ellos decidirán...

-¿Por qué dices eso, Buck? -Donegal continuaba aún irritadísimo.

-¿Conoce usted la táctica del “judo”?

-¿Qué tiene que ver el “judo” con todo esto? -el inspector miró extraviadísimo a su subordinado.

-A veces, para ganar, hay que simular que se pierde. Dejar que los músculos cedan. ¿Lo entiende ahora?

Los ojos del jefe de los federales se clavaron admirativamente en Buck:

-No, si yo ya lo decía. Tú llegarás un día a la cabeza. Tú... pero, bueno, dile a ese tipo de Marte que estamos de acuerdo con él. ¿Vale?

-OK, jefe -y transmitió a Hjmar sus deseos, dándose cuenta de que el reptil no estaba muy de acuerdo con ellos. De repente bufó, tapándose el repelente rostro con las manos. Eugenia estaba usando a discreción su “hiperleica” que había conservado en medio de tanta confusión y jaleo.

Luego el anfibio comenzó a hablar excitadísimamente con Hjamr. Éste movió enérgicamente la cabeza, denegando. Buck estaba asombradísimo porque, en primer lugar, no comprendía absolutamente nada de aquella conversación; y en segundo, aquellos sonidos eran absolutamente intranscribibles. Quizá fueran más suaves los del marciano con figura humana, pero los del reptil constituían un tormento para los oídos.

La cosa acabó cuando, inesperadamente, Wtred dio un fuerte golpe con el revés de una de sus zarpas a Hjamr quien, cogido de sorpresa, rodó por el suelo inconsciente. Dio media vuelta y antes de que ninguno de los terrestres tuviera ocasión de detenerlo, se metió de un salto dentro del plato volador, cuya superficie quedó lisa a los pocos segundos, sin que quedara el menor rastro del orificio que anteriormente hubiera.

La espacionave se elevó raudamente. Al menos los primeros metros. Después vaciló en su rumbo, dando la sensación de que tenía los motores averiados, pero, no obstante, continuó ganando altura.

-¿Qué hace ahí parado? -increpó Donegal a Walters-. ¿No ve que se escapa uno de estos criminales?

El capitán no dudó mucho y casi en el acto, dieciocho bocas de fuego se irguieron y comenzaron a atronar el espacio con sus detonaciones, disparando furiosamente granadas de quince centímetros de calibre en dirección al plato volador que se esfumaba. Pero, ante el tremendo asombro de cuantos espectadores se encontraban allí, ninguno de los proyectiles hizo explosión. Todos ellos parecían derretirse, fundirse, a unos cincuenta metros del disco volante, que al fin logró alejarse sin más perjuicios.

-Todas las armas de vuestro mundo no serían suficientes para abatirlo -exclamó Hjamr, con justificado orgullo, y sacó de nuevo su famoso aparato que enfocó hacia el puntito que era su astronave. Un fogonazo la substituyó y cuando acabó se la vio caer lentamente a tierra.

Parecía como si su ocupante consiguiera frenarla, pero al fin tomó contacto con el suelo con alguna más violencia de la necesaria. Y Hjamr corrió hacia ella, seguido por todos cuantos habían presenciado la escena, incluidos los soldados con sus carros de combate, prestos a hacer fuego en cualquier momento a pesar de saber la perfecta inutilidad de sus armas contra aquel ingenioso artefacto.

Walters llevaba su pistola en la mano, pero más parecía que llevara un estorbo. Ni se daba cuenta, por lo que Buck se la arrebató. No le gustaba ir desarmado y acertó, porque aún estaba a cincuenta metros de distancia cuando el reptil salió del plato volador. Tenía en su mano un aparato idéntico al que tenía Hjamr, quien no tuvo tiempo siquiera de utilizarlo, porque se le anticipó Buck.

Apretó el gatillo rápidamente. Sus balas fueron a hundirse en el cuerpo de Wtred, que se retorció epilépticamente al recibir los proyectiles, en tanto que de los orificios abiertos por el plomo fluía lentamente una horrible substancia semilíquida de intenso color verde. Abrió la garra y la lámpara vital se le cayó al suelo. Luego se debatió unos horribles segundos en las angustias de la muerte, hasta inmovilizarse definitivamente.

-¿Por qué quería escapar en tu astronave, Hjamr? -inquirió Buck, una vez pasado el peligro.

El ikthariano se pasó la mano por la frente:

-Deseaba unirse a Tlazz -repuso-. No le agradaba la idea de coadyuvar con un Menos como yo a su captura. Por encima de todas las consideraciones del justo castigo que ha de imponérsele, estaba la solidaridad de clase. Esto fue lo que acabó con él. Y, ahora, terminado

todo, hemos de buscar a Tlazz. No puede seguir suelto en Qamezh.

-¿Cómo piensas arreglártelas, Hjamr?

Éste sonrió levemente:

-Te lo diré dentro de unos minutos. Antes he de averiguar el lugar exacto en que se encuentra. Aguardadme aquí y no temáis.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la astronave, en cuyo interior desapareció.

CAPÍTULO X

Cuando Buck, junto con Eugenia, en la entrada de la ciudad se cruzaron con un coche, hizo un leve gesto de entendimiento, que el otro conductor contestó. El federal frunció el ceño, porque ello significaba que Tlazz andaba todavía haciendo de las suyas, pero tenía que apresarlo. No le hacía mucha gracia la idea de Hjmar; mas era necesario reconocer que era la única viable, aparte de regar con treinta o cuarenta bombas atómicas toda aquella zona y no merecía la pena.

Avanzó en el crepúsculo hacia el hotel elegido previamente. Las luces de tránsito parpadeaban alegremente, como si no anduviera por allí cerca un supercriminal suelto, con un arma que, de poder ponerla en funcionamiento, era capaz de arrasar la Tierra.

La noche caía rápidamente y ya estaba oscuro cuando Buck detuvo el coche frente a la puerta del hotel. El obsequioso portero le hizo un gesto de asentimiento y el agente tomó por el brazo a Eugenia, avanzando sin titubeo alguno debajo de la marquesina que cruzaba toda la acera hasta el borde. Antes de entrar le pareció observar un movimiento entre las sombras, estremeciéndose. Pero otro gesto idéntico, repetido, le tranquilizó y penetró definitivamente en el edificio.

El atento gerente que se hallaba en el “comptoir” le saludó de una manera que no dejaba lugar a dudas. Buck tomó las llaves de los dos apartamentos contiguos y se metió en el elevador. Eugenia estaba

pálida y se sobresaltó al ver un rostro esquelético encima de un uniforme de ascensorista.

También éste guiñó el ojo a Buck, quien se felicitó por la tupida red que se estaba tendiendo en torno a Tlazz. Era una red con cebo vivo para una araña que carecía de la facultad de hilar ella misma su propia tela. El F.B.I., con la ayuda de Hjmar, se la estaba facilitando. Los cebos eran los numerosos agentes repartidos por todos los puntos estratégicos del hotel. Una fornida mujer que azacaneaba con un aspirador de la limpieza, en el pasillo a que fueron conducidos, se levantó la falda, dejando ver una terrorífica “Colt 44” automática sujeta a una liga debajo de la rodilla. No parecía preocuparle mucho la supuesta suciedad de la alfombra.

Caminaron hasta las puertas de las habitaciones. Entraron en la de Eugenia e inmediatamente Buck comprobó si la que comunicaba ambos apartamentos funcionaban bien. Hecho esto, con la seguridad de estar bien respaldado por sus propios compañeros, se sintió mejor.

Pasó a su cuarto y se despojó de la americana. Quería lavarse un poco las manos, mas antes de llegar a la puerta del cuarto de baño, se detuvo, rígido, envarado, convertido en marmórea estatua.

Un olor debilísimo, pero harto claro, demasiado significativo, acababa de golpearla la pituitaria con la violencia de una piedra.

-¡Eugenia! -llamó en voz baja-. Avisa a...

La muchacha entró; había oído su nombre, pero nada más y ahogó un grito de espanto cuando vio a Buck detenido, con las manos a medio extender, contemplando fijamente la puerta del baño que se abría despaciosamente. El tono del olor subió de punto.

-Buck, está ahí -dijo.

Tlazz avanzó desde el lavabo. Llevaba en la mano un arma, mas no era la suya. Era un vulgarísimo revólver, muy terrestre, pero capaz de partir a un hombre en dos con un disparo bien hecho. Eugenia retrocedió hasta la pared y, al hacerlo, se llevó consigo a Buck. Ninguno de los dos podía emitir una sola palabra.

Tlazz lo hizo por ellos:

-Buena jugada la que me habéis hecho con ayuda de ese sinvergüenza de Hjamr. Ya sé que no puedo disparar ningún rayo mental. Ha utilizado su Neutralizador, pero no hay poder humano que pueda

neutralizar la combustión de la pólvora cuando se aprieta el gatillo de esta prehistórica arma. Y eso es precisamente lo que voy a hacer con vosotros... si no me dices de qué forma puedo recuperar mi lámpara vital.

Buck no pudo por menos de emitir una risita ahogada. Las inteligencias demasiado desarrolladas tenían a veces fallos espantosos. Tan sencillo como era tomar un soplete y violentar la caja. Luego unos alicates y... Pero por lo visto a Tlazz no se le había ocurrido o, más sencillamente, no sabía cómo.

La argucia de Buck le era simplemente desconocida. En las abolladuras de la caja rectangular se veían los esfuerzos que había hecho Tlazz para abrirla, sin conseguirlo. Un científico terrestre de finales del siglo XX podría hacer estallar una bomba-H, pero lo más seguro es que no tuviera la menor idea de cómo se construye una simple trampa para cazar antílopes. Este era el caso de Tlazz, salvando distancias, se dijo Buck, quien de nuevo rió, lo que tuvo la virtud de enfurecer más y más a Tlazz, cuyo revólver se agitó ominosamente.

-Me acompañaréis a un lugar en el que pueda liberar mi lámpara vital de la envoltura que forjaste -dijo, sibilando las palabras. Era sorprendente la rapidez con que había asimilado la práctica del idioma.

-Y, ¿si nos negáramos? -sugirió Buck.

Tlazz volvió a mover el arma:

-Esto -dijo-, será suficiente para convenceros.

-Le prevengo que todo el edificio está cercado -repuso Buck, serenamente-. Decenas de compañeros míos están por aquí; quizá en la habitación de al lado.

-Es igual. Me serviréis de escudo...

Buck actuó rápidamente. Con una mano empujó fuertemente a un lado a Eugenia, en tanto que con la otra movía el interruptor de la luz. La estancia quedó completamente a obscuras.

-¡Cuidado! -gritó, para advertir a la española.

Una lengua de fuego llameó en la obscuridad. Buck sintió perfectamente el ahogado ¡chap! de la bala al incrustarse en la pared, distintamente del violento estampido, cuyo fragor le adolorió los

tímpanos. Pero Tlazz continuó disparando frenéticamente. .

Los lívidos relámpagos de los disparos iluminaron espectralmente la habitación. Pero entre uno y otro, en el brevísimo intervalo, ni Buck ni la muchacha se estuvieron quietos, moviéndose de un lado para otro a fin de no ofrecer blanco. Tropezaron, derribaron muebles y, en más de una ocasión, sintieron el quemante aliento de los proyectiles que cesaron cuando un seco ¡click!, indicador de que el martillo del percutor había golpeado en vano, les dijo que Tlazz había agotado la carga del revólver.

Y entonces Buck tomó una silla y la arrojó en la dirección en que suponía se hallaba el ikthariano.

Se oyó un gruñido de dolor, mas en el mismo instante, una puerta se abrió con terrible violencia y los fogonazos de varias antorchas eléctricas rasgaron la obscuridad.

-¡Cuidado! ¡Está ahí!

El clásico gemido de furia de Tlazz llenó la habitación, cuando, dándose cuenta de su impotencia dio media vuelta y huyó, con sorprendente agilidad, perseguido por varios disparos que no alcanzaron su blanco.

-¡Una pistola! -pidió Buck, y apenas la tuvo se lanzó en persecución del monstruo. Aún tuvo tiempo de gritar:

-¡Cuiden de la chica!

Estuvo a punto de alcanzar a Tlazz cuando éste ya saltaba por la ventana. Antes hubo de esquivar la pistola, arrojada por aquel con indescriptible violencia, y sintió un grito de dolor a sus espaldas, al mismo tiempo que el ruido de una caída. Disparó una vez, pero la bala solamente consiguió la estrepitosa rotura de un cristal. El iktthariano consiguió largarse por la escalera de incendios, pero en lugar de bajar, subió por ella rapidísimamente.

Echando medio cuerpo fuera, Buck soltó otro proyectil que emitió un gañido impresionante al rebotar contra el hierro. El criminal siguió ascendiendo.

Buck subió también. En la casa frontera se encendió de repente un proyector cuya blanquísima luz barrió aquel espacio de derecha a izquierda, hasta que de repente se detuvo. Tlazz estaba en el borde de la azotea y, aunque Buck no lo sabía, frente a él estaban dos agentes

federales, armados con sendas “Thompson”.

El hombre de Marte dudó un segundo. Luego cayó de nuevo en la escalera, al mismo tiempo que la primera ráfaga pasaba silbando por encima de él. Pero ya Buck estaba muy cerca.

Tlazz se vio perdido. Con fuerza terrible movió la escalera, arrancando alguno de los pivotes incrustados en el muro. Trozos de cascote comenzaron a caer en la calle. Las sirenas policíacas de los coches que acudían llenaban la calle. Funcionaron dos proyectores más, y la luz aumentó considerablemente.

Tlazz consiguió hacerse con una fenomenal barra de hierro. Los federales que estaban arriba se asomaron por el antepecho, con sus armas, pero no se atrevieron a hacer fuego. Buck estaba tras la línea de tiro del marciano.

Con el odio más espantoso refulgiéndole en las horribles pupilas, Tlazz comenzó a descender de nuevo. Se sabía perdido, y en su inhumano cerebro sólo había lugar para una idea: matar a quien había tenido la culpa de su desgracia.

A tres metros de distancia, Buck comenzó a disparar. Ni una sola de sus balas se perdió. A no ser por el estruendo de los disparos, el silencio hubiera sido absoluto, total, en todo el ámbito circundante. La expectación del público que ya abarrotaba la calle era inmensa. Con el primer disparo coincidió el encendido de un nuevo y más potente foco que dio de lleno en la convulsa faz de Tlazz, uno de cuyos ojos saltó.

Un líquido denso, siruposo, de un horrible color verde, comenzó a salir por las heridas del cuerpo de Tlazz. Buck agotó las balas y se vio perdido, porque su enemigo continuaba avanzando. Aun cuando le vacilaban los brazos con que sostenía la pesada barra, tendría la suficiente fuerza para aplastarle el cráneo.

Súbitamente se detuvo Tlazz. El hierro se le cayó de las manos. Rebotó en unos cuantos peldaños metálicamente y cayó a la calle. El iktahriano se llevó las manos al pecho. Un rifle destructor, disparado desde la azotea frontera acababa de detonar, y una pesada bala de veinticinco centímetros reventó dentro de aquel cuerpo. Trozos de substancia gelatinosa saltaron por los aires.

Por fin se lograba vencer al monstruo.

El segundo disparo fue suficiente. Desapareció repentinamente la espantosa cabeza, disgregada en minúsculos trozos. El tronco cayó en

uno de los rellanos y, reventando la piel humana, algo comenzó a salir de su interior. Tlazz recobraba, al morir, su forma agusanada. Aun con todo continuaba percibiéndose el estremecedor zumbido que emitía en su agonía.

Luego, aquel destrozado gusano trató de caminar, pero se quedó quieto repentinamente. La horrible piel que lo cubría comenzó a perder la tensión y se vació de su apestoso plasma, que goteó lentamente hacia abajo. Se apagó el zumbido y la piel, al quedarse como la cubierta de un balón de fútbol sin aire, quedó flácida y sus anillos perdieron definitivamente la forma circular.

Buck se enjugó el abundante sudor que le corría por la frente. Haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad, subió unos cuantos escalones y tomó la aplastada y retorcida caja que Tlazz no había soltado nunca. Luego volvió a su habitación, en donde era esperado por una muchacha que, al verle, se arrojó en sus brazos, sollozando histéricamente.

Cuando Eugenia se tranquilizó, Buck entregó a Hjmar la caja:

-Es vuestro. Llévatelo.

-Gracias -dijo aquel. Luego tomó una de las manos de Eugenia-: Me acordaré siempre de vosotros. Quizá algún día vuelva a veros.

-¿Por qué no te quedas? -le preguntó Buck-. Aquello no es vivir. Rodeado de monstruos, con armas capaces de destruir un mundo... No es que en la Tierra, o en Qamezh, como decís allá, seamos mucho mejores, pero ¡vaya! Aquí, al menos, los animales no piensan, lo que no es poco.

Hjamr movió tristemente la cabeza:

-No puedo -contestó-. He de hacer en Ikthar algo muy importante.

Mas no dijo de qué se trataba.

Los ojos de ambos se miraban con infinito cariño:

-¿Qué harás ahora, Eugenia? -inquirió Buck. Ella lo miró maliciosamente:

-Creo... creo que tendré que dar por terminadas mis vacaciones...

-¿Có... cómo dices? -se paralizó el corazón del federal.

-...para casarme contigo -dijo Eugenia alegremente, y Buck no se pudo contener. Exhaló un suspiro de alegría y la tomó en sus brazos. Los labios de ambos se unieron en un apretado beso.

FIN

[1] Histórico.